

EX LIBRIS
Genaro Guzmán Mayer

COLECCIÓN HIDALGUENSE





EX LIBRIS
GENARO GUZMÁN MAYER
(Obra Selecta del Poeta Actopense)

COLECCIÓN HIDALGUENSE
Libros para ser leídos

GOBIERNO DEL ESTADO DE HIDALGO

COLECCIÓN HIDALGUENSE

Libros para ser leídos

6

EX LIBRIS Genaro Guzmán Mayer

Primera Edición: 2012

**Dirección General de Publicaciones e Impresos
del Gobierno del Estado de Hidalgo**

Francisco P. Mariel #100

esquina con Vicente Segura

Col. Revolución

Pachuca de Soto, Hidalgo.

Portadilla: Pintura realizada por el maestro

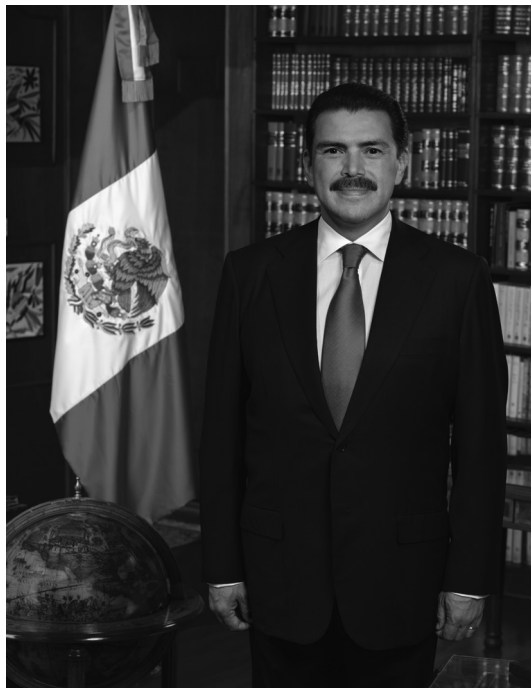
Juan Manuel Castellanos (1970).

Se prohíbe la reproducción parcial o total del contenido
de este libro sin previa autorización escrita del editor.

Impreso en Hidalgo.

Impreso en México.

PRESENTACIÓN



Entregamos a ustedes este libro que rememora el trabajo poético de uno de los bardos más destacados de la literatura hidalguense. La obra del Maestro Genaro Guzmán Mayer es sin duda, digna de ser conocida por todos los hidalguenses, sobretodo por los jóvenes que arriban con gran ímpetu al mundo de la cultura a través de los estudios, de la lectura y del interés en todo lo hidalguense. El Poeta Guzmán Mayer es un ejemplo para todos no sólo en cuanto a la calidad

de sus letras pero también por el profundo conocimiento que tenía de la historia y de la geopolítica hidalguense. Para escribir los versos que proclaman la grandeza de nuestra entidad el Poeta se dedicó al estudio de todo el estado y de su gente. Leer las poesías de Guzmán Mayer nos permite conocer más de Hidalgo y sus grandezas ya que en sus versos encontramos un amplio conocimiento de todo lo relativo al pasado de los municipios y a las regiones de nuestra entidad. Independientemente de la belleza de sus letras y de sus composiciones.

Por tal motivo y siguiendo el proyecto de llevar a ustedes en libros valiosos lo mejor de la literatura y del arte así como de la historia y de todo lo que nos da identidad, presentamos este *Ex Libris* que contiene varios tomos de los publicados por el Maestro Guzmán Mayer, el actopense que dió brillo a las letras de este nuestro espacio vital, el Estado de Hidalgo que es: Tierra de Trabajo.

Lic. José Francisco Olvera Ruiz
Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

PREFACIO

Al estudiar los libros del Poeta Guzmán Mayer que reproducimos con entusiasmo y orgullo hidalguense, conocimos de los prólogos que se encuentran en cada uno de ellos. Estos prólogos fueron escritos por uno de los más destacados intelectuales hidalguenses del siglo XX en Hidalgo, nos referimos al Profr. Rafael Cravioto Muñoz, recién reconocido post mortem por el Congreso del Estado. A su vez poeta, político, periodista, catedrático y representante popular ante los Congresos Local y de la Unión. Cravioto Muñoz perteneció a la generación de intelectuales del siglo XX, de sólida cultura que se reunieron en diferentes agrupaciones como La Colmena Lírica y El Ateneo Hidalguense, que son de gran importancia en el estudio de nuestra literatura por la calidad de los trabajos que en dichos espacios se presentaban realizados por quienes fueron los más importantes poetas de esa época. Cravioto Muñoz y Guzmán Mayer sostuvieron además una sólida amistad que se constata al leer los tres prólogos que con mucho interés reproducimos al inicio de los libros a los que se refieren. De tal manera que este *Ex Libris* que se realiza en homenaje al Mtro. Genaro Guzmán Mayer, se enriquece con las letras del Profesor Rafael Cravioto Muñoz. Fueron amigos en vida y se reúnen en la posteridad, en este libro.

LOS EDITORES

Dirección General de Publicaciones e Impresos

Voz Metálica



EX LIBRIS

PÓRTICO¹

¡ESTE NUEVO LIBRO de Genaro Guzmán Mayer!

8 Nuevo para la imprenta pero antiquísimo de edición pues ha nacido de la vena profunda del poeta; destilado en los matraces acidulados de su secreto dolor; macerado en carnes lastimadas por el bisturí, o el virus vulgar infiltrado en músculos que ha sido necesario cortar en beneficio de un cuerpo de vigor incansable al sufrimiento, que sostiene una pauta espiritual donde la flor del humorismo se renueva a cada amanecer, ¡que nunca será el último en el destino del hombre y la creación del bardo!

¡Y este Genaro Guzmán Mayer!

¡Y este querido amigo!

¡Y el prologuista que desde siempre ha oficiado en el altar de su poesía!

No siempre de manera ortodoxa, supuesto el aguijón que de contrabando pincha con voces críticas, presuntuosas de episcopales artimañas preceptivas.

De este libro podemos decir con orgullo inaudito, que en él hace su presentación definitiva un hombre en la cabal significación del concepto: un hombre, Genaro Guzmán Mayer, ornado con los atributos apolíneos y dionisiacos; éstos del ser de carne y hueso, aquellos del poeta.

Aquí está un hombre que expresa premoniciones de un final que esperamos sea definitivamente lejano.

“... Entre la hiedra de mi sombra augusta
y el ocaso doliente:
¡el hombre...!”

¹ Prólogo a "Muros del Hombre" en 1965.

José Santos Chocano, también hombre-poeta, dijo una vez que su mayor gloria era “escribir un poema y vivirlo después”. Genaro ha vivido primero y escrito después sus vivencias.

Subtitula su libro con un significativo rubro: “Suspenso Antológico” Pues él siempre ha gustado mantener su vida en suspenso ante sí mismo. Probablemente el azúcar que amarga su sangre con molestas presencias de excesiva prodigalidad que, por otra parte, desprecia a costa del cuidado de su vida, le hace aparecer como decorador de escenarios surrealistas donde vive la comedia de su existencia que en veces es drama para los suyos íntimos en la carne que le sucede ya en el tiempo.

9

Genaro es admirable por su vitalidad que parece ser una poética paradójica. Acaso en lo determinante de su profundo dolor, (muy a solas con su subconsciente,) la expresión de su risa perenne, sea mueca dolorida de "poéte naudit". La filosofía que rezuma acritudes en su poesía moderna, dice el poema: “Imagen degollada”:

“... La vida es un espejo que refleja
la humedad de la imagen degollada...”

Esta cruenta expresión es, quizá acaso la más fiel interpretación de una vida interior que jamás ha compartido. Porque Genaro no ha entregado a nadie el secreto de sus oscuros dolores. Sólo a una dulce muerta le otorga públicamente en su tribuna poética, el título de íntima amada aún más allá del Más Allá: a Lotis, la hija que se fué antes de tiempo, anticipándose a su propia muerte.

Una secreta huída remilgosa, llena de íntimo orgullo, de ancestral soberbia, le hace buscar la noche; en el sueño, en el poema. Y va del sueño y el calor de la tierra, al vértice de la estrella.

EX LIBRIS

“... Con el vino del sol en los supremos
momentos de escanciar, alzar las copa,
Desnudados los talamos, sin ropa,
desollemos los besos y ... ¡Brindemos!”

10 Esto sólo puede ocurrir en el Empíreo o en el Tártaro. El
tálamo esta desnudo porque allí no va a haber ya nupcias. Está
desnudo como los lechos de los cuales se levantó ha poco un
cadáver. Y éste también está sin ropa, rumbo a la definitiva
morada. Falta sólo una cosa para el macabro brindis pagano
de alma conducido al Hades, la morada oscura de las sombras:
desollar los besos; es decir, quitarles todo sentido corporal. Y
entonces todo cabe.

Por eso está subrayado el brindis con Mayúscula. Para añadir
al final del premonitorio soneto;

“... que en la noche todo cabe:
una lágrima, un brindis, un sollozo...”

Esta huída está presente en el poema: “Trasmutación del
Paisaje Resurrección del Espíritu”, en el cual evoca un paisaje
en sombras, duras sombras clavadas en el eco:

“... no como la mía que he clavado en el suelo
para que no me siga a todas partes...”

Yo me pregunto al leer este poema, si Genaro no quiso decir
"clavada en el sueño". Porque en su sueño interior, que no
comparte con nadie, allí es donde tiene su sombra clavada.

Y sin embargo, su deseo de sobreevivir, le ha sostenido el
cuerpo sin menoscabo del brillo de su mente lúcida:

“... al ver cómo la sombra muere
en la transmutación indemne
yo resucito... ¡Resucito!”

Por eso gusto de llamar, por derecho de amistad, a Genaro, hombre-poeta. Y a descubrir mi cabeza ante él como un homenaje de respeto al amigo admirable y al poeta entregado a su tarea de artifice cuya mejor gema es la que forjó de su espíritu cuyo símbolo es ¡EXCELSIOR!

Y su cuerpo, "caballero de la bienandanza", logró robarle a la deidad su dote:

“... para amar, por ideal, a Don Quijote,
y seguir, por razón, a Sancho Panza...”

11

Jamás lograré saber si Genaro es un creyente; aún cuando, por poeta, debe amar al más poético de los símbolos: Jesús el Nazareno. Hay una imprecación en su poesía, llena de profunda emoción, en la cual proyecta la tragedia de su cuerpo:

“... Nazareno,
bueno.
¿Por qué hiciste llagadas mis manos
y heridos mis tiempos?”

No escapa al concepto cristiano-teológico del determinismo. Del Hado fatal del "todo está escrito". Por eso compromete a Jesús El Poeta, con Jesucristo, el Hijo del Hombre. Y llamándolo bueno, le pregunta imprecatoriamente. Y lo proyecta en la rebeldía contra la injusticia social:

"... ¡Te he presentido llagado en el pueblo
y en esas manecitas débiles
de los niños hambrientos ... !"

En una paradoja admirable, de verdadero poeta, continúan las imprecaciones, dolidas de realidades ancestrales:

EX LIBRIS

“... ¿Eran necesarios, dime,
los clavos del madero...?”

Allí está la nueva proyección de la su vida, como gustaría decir cuando retuerce el hipérbaton. Sus amigos también decimos muy dolidos: ¿Eran necesarios los dolores en la carne del poeta?

Este libro es la mejor cosecha de Genaro Guzmán Mayer. Es una Antología de sí mismo. Bienvenida a las Letras Hidalguenses.

¹² La Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, cuyo Rector, el licenciado Juventino Pérez Peñafiel, ha tenido el acierto de reconocer el valor de la obra de Guzmán Mayer, ha querido que sea nuestra Alma Mater quien acoja la obra del poeta, y edita este libro, que destila esencias íntimas. El pueblo sabrá honrar esa digna obra.

En ella figuro el epitafio inconsciente del poeta de las premoniciones:

“... De yangüeses probé, hundí mi huella
desfice entuertos, arranqué una estrella
y el mundo se burló de mi locura...”

Solo hay aquí un verso, el final, que jamás será verdadero para quienes hemos aprendido con la convivencia de muchos, muchísimos años, a comprender al poeta. Y a amar su locura. Lo que él llama, en su huída interior, su locura.

Pachuca, enero de 1965.

RAFAEL CRAVIOTO MUÑOZ

Muros del Hombre

I

¡Tierra!

Muro inconmensurablemente sugestivo,
solitario muro símbolo.

Muro sollozante,
íntimo.

Quebrantado estoy de soledad
y hastío;
mas pretendo, cual siempre he pretendido
con mi vuelo de angustias reprimidas
quebrarte en los sollozos
y desnucar libélulas y lotos
con las huellas de plantas solitarias
y verte como estrella cintilante
que se ahoga en el fondo de las norias.

He de caer dando tumbos en la tierra
–por todos mis ancestros, ancestral –
y tú, muro símbolo,
has de cobijar
mis distancias nostálgicas.

¡Oh, marino sin brújula, sin playa y sin mar!

II Alarido de voz ante su eco
 –silencio crecido –
 que trepida su angustia en el muro
 y como yedra
 sube empapado de voz y de vértigo
 por el dorso de piedra y de granito.

14

Alarido de voz: las muchedumbres
claman su azogue en pólenes de ausencia
–deidad de intervalos a puntos suspensivos–
a manera de pasos largos y largos,
descalzos y secos,
en el musgo de siglos
que agoniza en espera
de almas simultáneas a besos
en espasmos sin oasis ni garganta,
sin hálitos, sin sol y sin palabras.

Alarido de voz ante tu eco,
–silencio crecido –.

III Vastedad de horizonte...
 en la cumbre del muro y el atisbo.

Rueda el eco su paso macilento
sobre la piedra y el camino
llenándole de polvo y de olvido;
repercute el silencio, y la distancia
pinta un niño
en el ocaso, como cripta de oro
en el ígneo atardecer apocalíptico,
atardecer ya fósil pero altivo
que mira cabizalto
el rictus de cariátides soñadas.

La mueca atardecida de su vino
en las copas del álamo,
y del chopo, del ciprés
y del cedro y el olivo,
y la rosa callada
y el resquicio infinito;
son escancio inaudito en la copa y el sesgo
poligonal del destino.

Sugerencia infinita
de Dios que transita
en la voz y en la cumbre
del hombre y el muro.

15

IV Muro del hombre
y del espejismo humano;
muro sin estatura
que mide su gesto cardinal
solo en la altura
y sacude su espiga de codicia
al trigo, que es inicio
en la tierra y el surco.

Me contagian las manos muertas
que con su tacto prenden el sueño.

La libertad de mis siglos agoniza
en hombros estériles de luz
que llevan en sus alas
toda una gama
de espejismos azules, como el mar,
pero sin ecos, sin palabras,
con el dedo en la voz y en la mirada

tratando de sondear el pensamiento
que no tiene más horizontes
que los nervios de la luz.

V La soledad, como el silencio crece
y, es hiedra que se yergue
– célula de especie –
ante los labios de la tierra
ávidos de falanges y de mieses.

16

La soledad, es cita en la órbita
del tiempo
y del fin sin cuerpo.

¿Y qué de las uñas en pos del rescate?

¿Y del grano que prodiga sedimentos
en la mies y la ortiga?
La muerte, señora, pero augusta
tiene la soledad del desierto;
como el muro, que rescata
y absorbe por su tallo los ecos y sonidos
de su cal y su piedra.

Ante mis ojos, – dagas de ansiedad –,
el horizonte es amplio
como la pulpa íntima del labio
es puente en la mitad del beso.

¿Y, qué hará cuando los labios
trepren su yedra sobre la cal y piedra
como savia en el rizoma del músculo,
y sólo hallen el cauce de la tierra
entre la voz que tiembla?

¿Qué harán? Rodar su voz
cuando la lengua de ansias y espigas
lleven en la soledad
tallos de vidrio en sordas superficies.

Y me pregunto: ¿Dónde la carne nueva?
¿Dónde la órbita señora
que mece en sus pupilas
la pupila de una estrella?
¿Dónde el polvo de retoños y palabras
y silencios de paja en el declive?

17

El hombre se hace tierra,
la tierra se hace labio
¡y el labio se hace muro en el hombre!

Y yo me pregunto: Si el poro
que se hizo voz en la materia
y el viento de la flor es ojo
que apaga su nidal en el vacío...

¿Por qué el nervio de la piel
hace de piedras su nidal de muro?

VI Algo tienen los muros de tumba y de olvido
pero día a día ha de estamparse
el sol, con sus saetas,
en sus tallos de piedra,
y el numen –caracol– que, agrónomo, ha medido
con su cinta métrica los campos
ha de medir la latitud del muro
que a su vez ha medido las distancias.

Mas todo tiene término
en el poro de los siglos y las células,
pero habrán de trepar las yedras
hasta el sitial en que los muros
paralíticos,
finjan torres enhiestas
de líneas al desnudo
en cuerpos de materias y de células,
por cuyo vientre, palpe el pájaro cautivo
su emoción de ave.

Seré carne interior y esencia
que ante la brasa cósmica
lleve como alfiler, en la solapa
prendido al caracol
para medir distancias
entre la eterna latitud del hombre
y el supremo litoral del muro,
no como el párpado en que la ausencia
hizo lágrima al sauce,
sino con la estatura
amplia, del símbolo-decoro
que se hizo esotérica promesa
en el tallo, hecho flor, del pensamiento.

VII Al medio del silencio
que se postró en mitad de mi camino;
– con el grito de Dios en las veredas,
único vestigio –
las carretas de paja al ojo del retorno
y yedras en el muro
del corazón custodio,

eran únicos transeuntes
ante el monólogo del río
que conmigo
en el armario de una tarde sin goznes
absorbía distancias y veredas
y estrellas seculares
y ecos de párvulos suspiros.

El manantial de ocre atardecido
había tatuado su viñeta cósmica
en la piel del muro estático
y el arroyo, –combado de inerte –
acunaba guijarros de estrépito nativo
mientras la luna de almidón dejaba
su pan bendito,
en queso espolvoreado entre las nubes.

19

Bajo la ojera de la fuente
los ojos ocultan sus instintos
y preguntan por la selva
y el espejismo
que atrás del templo,
era nido, beso y abismo;
y pregunto por el desierto
que acaba en la boca cuando empieza el hastío.

Todo silente, su clorofila, el bosque
anida en el oído
y sólo un eco, una voz:
–el grito de Dios en las veredas,
único vestigio –.

Los nudos guturales
se atan al pecho de sí mismos
cuando en la tarde
de chubasco y de frío,
con boato inusitado, mansamente,
su cinta métrica desliza
el caracol agrónomo y cautivo,
llevando a cuestas casa y abrigo.

20

Pero... ¡He vuelto!
–la cita del retorno –
rescate del muro paralítico
al hombre-muro asido.

Así lo había querido
Dios con su grito en las veredas,
–único vestigio –.

VIII

La noche transita
su angustia al pie del muro
y en torno al pensamiento, gira
su mensaje esotérico.

Muro de piedra y de contorno humano,
dueño de alturas
que ve inclinarse ante sus pies al río.

Mi vida es como río que nace de las rocas
y da vuelta al fin
que será el lecho del mar.

Siempre es mejor el cauce del río que la alta cima.

Hay en él ambiciosa sed de altura
y sus ojos caminan
sobre la huella que dejó la luna.

El sabor de la duda se nos queda
atrás de la pupila
en la región que nos está vedada,
y su piedra y su polvo compaginan
ardoroso silencio
de carne desolada,
y las voces convergen su armonía
en la caja de música del alba.

21

En la inquietud que late, y que quebranta
mis ansias y mis huesos
con mi adarga de ímpetus prolijos
que es pájaro en silencio,
erosionar pretendo
el tallo de cristal de la garganta
y que caiga en pedazos ese muro
de pájaro y granito
que en emigratorios vuelos
es imagen que tiembla en las pupilas
como lágrima en párpados del viento.

El tránsito solemne,
tembloroso y calculado y sin término
dejará la huella congelada
de mi tiempo
y el muro, con su yedra nostálgica
sin eco y sedimentos,
pero con esperanzas,
ha de anidar mi yo y mis sombras
en el vientre nimbado de la savia.

¡Oh, tierra equidistante;
eclosión de la mies y de la espiga!

En la pupila triste
se hace larga, muy larga
– con la existencia que no existe
sino en una lágrima –
la soledad en el muro que la guarda.

Se ha despedido el sol, con su mano dorada,
lejos de la pupila que lo había abrigado
en transfusión hemorrágica.

¡Oh, mies en el erial de ortiga,
siempre arrodillada...!
¿Por qué? Acuso al viento
que el polen de la mies arrastra;
– polen del hombre-muro
y acaso la nostalgia
pero como el dorado trigo
que hecho polvo se vuelve pan bendito –.

¡El sabor de la duda se nos queda
atrás de la pupila
en la región que nos está vedada,
pero siente el temor de la partida
que entre pañuelos del adiós se apaga!

Muro del hombre y de la superficie
y del silencio atónito;
mi carne lacerada de siglos
grita, protesta y clama
en el ahogo de mi voz candente.

Mi voz: niño a ciegas
buscando su eco entre la lluvia.

X Cuando la voz como el azogue huidizo
en la tónica mide sus palabras,
queda un páramo en brezos y en ortiga
y la yedra que sube, sensitiva,
su codicia desplaza
a donde el muro recostó su sombra
que es vientre en el presagio de la huída.

23

Hay que dejar que suba por el tajo
hecho tallo de luz en la garganta,
y después de medir su anatomía
decir a los puntos cardinales
que escucharon su savia:

¡El hombre se hace tierra,
la tierra se hace labio
y el labio de hace muro en el hombre!

XI Me he puesto a pensar en lo fantástico
que han de tener los locos
atrás del cerebro
y, en acuerdo,
he querido prosar mis versos
aunque mi estrépito se empoce
como se empoza la arena en la retina,
como si en el pañuelo de todo lo vivido
se empozara una lágrima de soledad y olvido,
como si se cantara a todos los retornos
sin partida
y en un sinfín de epitalamios blancos

los húmedos huesos, astillados y en cruz
hiciéranse canción al amor y a la vida,
a la primavera que puso sus primeras manos
sobre la soledad de los árboles.

¡Y nadie morirá sino la muerte misma!

XII

...Y vi que no es filo dorado
lo que hundes en mí
que sólo tengo un rostro,
sino es ojo del límite perdido;
las únicas astillas
de los ojos quebrados
que encajan sus cristales rotos
al íntimo recodo renovado
de la imagen ausente
que bebí con las manos
en la fuente.

24

No quiero pronunciar su nombre
por temor a que se rompa en la garganta.

¡Si con soñar se realizara todo!

Valle y mar no nos caben en las manos.

¡Sólo la imagen de mi madre
puso su pan de amor sobre mis labios!

Voz Metálica

25

La voz de bronce, en almenar resuena
y cae como estrellas al impacto
del badajo. Su sólido y compacto
eco sonoro es sangre de mi vena.

Mi Ser Atlante reflejó en la arena
ese grito metálico y exacto:
¡para emerger del pensamiento intacto
hizo del faro cerebral antena!

Y así el cerebro, receptor o faro
que hoy guía a las naves de mi raro
pensamiento de ilota y de beduino,

ha de ser Atalaya del ignaro
verso que irradia refulgente y claro
frente a la luna que encendió el camino.

Desfaciendo entuertos

26

Hoy, caballero de la bien andanza,
quiero robarle a la deidad su dote:
para amar, por ideal a Don Quijote
y seguir, por razón, a Sancho Panza.

Como deidad a la figura alcanza
en un solo atributo, un solo brote,
quien cabalgando a Rucio o “Matalote”
pone a los dos en singular balanza.

Hoy, cual Manchego, idealizando quiero
rodarla mi figura en el sendero
mientras la luna al lago parpadea:

yo también hoy fui armado caballero
y llevo en mi camino a mi escudero
y prendida en la mente a Dulcinea.

Muro sin eco

Elegía íntima

27

A mi adorada; sangre
de mi propia aorta.

¡Ay! cada día la distancia
se hace más corta.

Fue a las catorce quince
que predijo Ella misma.
A esa hora en punto
inició su partida.

A esa hora en punto
mis manos la bendecían.
¡Ay! debí mutilarlas
porque la despedían.

Hoy las busco en la sombra
y no las hallo.
¿Herido de ausencia
para qué el bálsamo?

Todas las puertas
se me han cerrado.
De estrella en estrella
la busco ufano
y no puedo encontrarla
por ningún lado.

Un lucero, en la noche
se me ha escapado.

28

Estoy solo, Lolis,
en medio del páramo.

Estoy triste, Lolis,
dame la mano.

Nunca me postré ante el llanto
que se va para adentro;
ahora es eco que se quiebra
en mi cerebro.

¡Ante el recuerdo
he de comer mis ojos muertos!

¡Solo...
ante la ventana de una estrella,
en una noche sin ecos!

¡Flor de soledad crecida
en el desierto!

¡La luna que se estrella en los cristales
salpica mi cerebro!

I Tú estás conmigo
 ¡Ah, presentida!
 Como gota de agua estrangulada
 te llevo dentro.

 El invierno ha soltado
 sus hojas al viento.

 ¡Las ramas han caído
 de mis troncos enhiestos!

29

 Las naves que amarraban
 en mi pensamiento
 se han estrellado
 contra las rocas del cielo.

 Tú estás conmigo.
 ¡Ah, presentida!

 Deja apretar tu cabecita blonda
 contra mi pecho
 y tenerla entrabas manos
 como ramo apuñado de recuerdos.

 ¡La noche: nidal de hojas secas
 abre su vientre al invierno!

II ¡Tantos labios que amanecieron muertos!
 ¡Tantos listones azules que ataron manos pálidas!
 ¡Tantos dientes que mordieron la cáscara
 hecha tierra y gusanos!

¡Oh, la luna que lamió el sendero
con el ala quebrada
en un día eternamente enfermo
y muerto,
en donde el recuerdo viaja...
y se hace eco
y substancia
con el tiempo!

30

Mi pensar hecho lluvia
golpetea las maderas hacinadas
de las puertas del misterio...
de la nada...
de
la
nada...

III Deja apretar tu cabecita blonda
contra mi cauce interno,
en donde corren ríos,
de cristales muertos
y eternos...
eternos...

Deja ligar mi luto
al eco del silencio
que reventó en los oídos
y se hinchó en mi cerebro.

El misterio de mis cicatrices
ha dejado abierto
el ancho zaguán
del origen...
¡Ah, el misterio!

IV Tiembra mi carne viva
 al paso de tu féretro...
 ¡Ay, esos pasos solemnes
 en musgo seco
 hincaron en mis sienes
 sus pies de estrépito!
 ¡Ay, cómo llora la lluvia
 con sus vidrios de aumento!
 ¡Ay, cómo anida la tarde
 su pájaro de viento!

31

 Pero vives en mí...
 ¡y todo ha muerto!
 ¡Ese llanto sin ojos
 que se va para adentro!

V Oigo trémulo
 piafar al tiempo.
 Nebulosa extinguida
 de párpados abiertos,
 desollados y abiertos,
 intensamente abiertos.

 Un vientre apagado
 por cuchillos sedientos
 sobre una flor marchita
 y un marchitado cuerpo...

 No... No...
 ¿Por qué los clavos del madero?

 Quisiera ser de cera
 y entregarme al fuego.

He cerrado las puertas de mis ojos
para
oír
el
silencio...

VI Te veo venir
con tus piecitos ligeros, ligeros;
bajo el brazo
tus cuadernos.

32

Llueve en el alma
y se desviste el recuerdo.

Se estira, como grito en la noche
mi pensamiento...

Ha soltado sus amarres...
y tú me sueltas luceros...

VII ¡Ay, si pudiera arrancarme
las luces del cerebro!
¡Qué de luceros blancos
pondría en tu lecho!

VIII En las horas de angustia
es resaca el recuerdo...

¡Qué amargura espantosa!

¡Qué agonizar tan lento!

¡Qué límite–distancia
de horizontes enfermos!

¡Qué sombra, qué negrura
en todos los senderos!

¡Ay, quisiera ser ciego
para oír tu acento
o muro conmovido
que repita tu eco!

Si apenas eras rosa
en botón, que no ha abierto
su cáliz, el que un día
aprimó mi beso...

33

¿Qué razón o qué causa...?
¡Ah!... ¡El misterio!
¡El nudo en la garganta!
¡El llanto mar adentro!

Mis pies descalzos
cavan las órbitas del charco
en donde brillan las estrellas muertas.

IX

¡Ay!
En vano invocar el rumor trashumante
si lo llevo en el alma,
y su sangre, hecha cruz,
pegada a la espalda.

El aire palpitante del recuerdo
tiembla en el bosque sonoro de mi mente,
y grito,
grito ante el océano de la noche
sin miedo a que la nave de mi voz se quiebre.

¡Lolis...! ¡ Lolis...!
y el mismo llanto se conmueve.
En el mar del misterio
se ha hundido para siempre.

¡Ay!
En vano él me dice
que sus aguas no vuelven
al punto del origen.

34

¡Ay! este puñal nefasto
que desgarrar mi vientre.

¡Lolis! ¡ Lolis! Tu mano,
¡Tengo miedo a la muerte!

X Descansa en paz;
a la hora de la cita, nos veremos, amada.

Noche de lirios y humo de inciensos
llevarás en el alma
y cuando, entre la sombra
de la selva apagada
vaya por el camino, a tientas,
sin luz y sin lágrimas,
los luceros de tus ojos
me alumbrarán en la bajada.

Descansa en paz;
a la hora de la cita, nos veremos, amada.

Sombras

35

Mi sombra, ya sin términos, se prende
en los cristales de la tarde muda;
con temblor de hojas secas se desnuda
ante el espejo que la lluvia tiende.

Y esa tarde lavada, que se hiende
en aromas de sándalo y de ruda,
puso a secar sus ropas, en la aguda
luz de la luna que en la comba esplende.

Halló quizá a mi espíritu dormido
en el cobijamiento del olvido
y en la noche sin fin, de penitencia,

y meneo suavemente, sin violencia,
el tronco que sostiene el blando nido
colgado de las ramas de la ausencia.

Eclosión

36

Cuando ya no palpiten en mi vena
las aguas con undísonos rumores,
habré hundido en la sombra mis temores
y arrojado los ojos a la arena.

Pero, por fuera, ante la luna llena,
hablará la llanura a los rigores
de los filos del aire, entre las flores,
cortándoles sus pétalos de antena.

El fugitivo, pájaro, centella
del amor, dando gritos en el monte
colgará la mirada de una estrella

y abrirá entre sus crenchas el desmonte
su ancha ventana, ante la luz tan bella
que rielaba la luna en su trasmonte.

Olvido

37

Ya caminé, sin ojos, por el viento
donde quebró sus dorsos la blancura;
y mi pisada fue planta insegura
sobre el musgo sutil del pensamiento.

Ya cabalgué sobre el arnés del viento,
—que sus codos encaja en la cintura
del águila —en un vertido de altura
que es postración de alas por lo lento.

A mi mente, que echó tallos hirsutos,
la hirió el reloj con su rocío en minutos
del péndolo moviéndose en escala.

No ha sonado la hora del olvido
por ello, el corazón, es el latido
de ese péndolo puesto en la antesala.

Pielago Sonoro



Torre de Silencio

40

Dos puñales de luna claváronse en tus ojos
a la hora que la esquila el “ ángelus “ bosteza;
dos caballos de viento triscan en la maleza
removiendo en mi alma soledad y rastros

una guitarra grave rasguea sus antojos
con cuerdas enmohecidas, –al par de mi tristeza–;
su pelo desmaraña cuando se despereza
la luna, en la penumbra, donde ví tus sonrojos.

Ese paisaje ingenuo, nocturnal, el tesoro
en torno al cual gravita mi PIÉLAGO SONORO
se aduerme en el regazo, de un tibio corazón;

Luna y esquila, viento y la triste guitarra
redondean el paisaje, mientras una cigarra:
–mi torre de silencio –entona una canción.

Tónica breve

41

En el piélago agosto de mi cause sonoro
el acento me aduerme, –infinita locura –
mas la tónica breve, –mi cordial partitura –
sonoriza la pauta con el tono y el coro.

La vibrante sonata me emergió por el poro
de la sangre inaudita que en vital tesitura
tuvo cause de células, dimensiones de altura
y cascadas de arpegios en joyante tesoro.

En las horas ausentes de mi noche insoldable
un gorrión en la pauta de las líneas del cable
con su cuerpo insinúa una nota bemol;

mas... del éter del sueño, me despierta el buhonero,
se me astilla de luces el cristal mañanero
y me pega en los ojos sus pedradas el sol.

Vivencia

42

He prosado mis versos y su ámbito se empoza
como empocé en el sauce mi llanto conmovido;
la tierra equidistante al par de lo vivido
es concreción de muros en que la hiedra posa.

Es la sombra, el silencio, que crece y no reposa
ante ese fuego intonso del sol atardecido...
–Embanderan de verde las cotorras su nido
como macizo vivo, mientras muere la rosa –

mi retina que quiebra los cristales del viento
retiene del paisaje, con su vidrio de aumento,
la hiedra de mi carne que se ase de tu muro;

y en el campo desnudo mi labio preventivo
para cubrir tus muslos con su veste de olivo
plasmó un beso-suspiro sobre tu cuerpo duro.

Bucólica

43

Siento un contagio suave; el éxtasis eólico
teje sobre la felpa del númen su madeja;
bala en la mente mía la displicente oveja
que da a mi cause interno carácter de bucólico.

Se pierde en el rebaño de las nubes el simbólico
Eolo con Selene, –unidos en pareja –
mientras triscan las cabras, una leyenda vieja
musita a, mis oídos el aire melancólico.

Allá lejos, del surco, diciendo corazón
que, acaso cual semilla, –cansado y trotamundo–
quisiera ya sembrarlo para esconderlo al mundo...

Sin luna ni espejismos, persigo una ilusión:
ser cual la cabra adusta que inclina su testuz
para beber del charco: corazón, agua y luz.

Geórgica

44

El sol aurisplendente pasó por el tamiz
del pelo de la lluvia como dorado helecho;
yo, después del chubasco, subí por el repecho
donde tiene la raza sonrisas de maíz.

El caracol agrónomo con su cinta en desliz
midió mi pensamiento en el henil estrecho
y fue todo vivencia de la tarde en barbecho
en donde el campo es aula y uno es aprendiz.

Más de pronto en mi mente, hénide, toda albura,
marcó indeleble huella de cándida dulzura
que en medio de la tierra yo viera pubescer;

Y corrí por el monte de la ninfa al acecho
y como Pan herido sentí sangrarme el pecho...
porque en mi pensamiento comenzaba a llover.

Tú me sabes a Mar

También yo he visto el mar ¡desde la inmensa playa ⁴⁵
absorbí de sus aguas, espuma, sal y yodo,
¡Tú me sabes a él! a espuma y hasta a lodo,
lodo y espuma, sal, de mi oscura atalaya.

Mis velajes se hincharon de adivinar la raya
del ocaso horizonte, –oculto en sobretodo –
en tanto mis gaviotas se asieron al recodo
del aire almidonado con fru fru de cambaya.

Tú me sabes a mar, calcinado y compreso
en esas breves noches en que mi sueño trunco
y la oración piadosa divago por el beso,

Cuando pasa rozando sobre tu sal y yodo
mi labio enardecido, por el precioso junco
de tu flexible tallo, buscándose acomodo.

Éxodo Celular

46

De mis ansias, la savia, emigro el domicilio
de tu blanco rizoma, en éxodo al amor;
–besada por el musgo, enferma de verdor
fué tu tallo cálido en aras del idilio –

Mi sangre arrinconada gritó desde su exilio
e increpé a la virtud, me volví acusador
en la estulta estatura que crece del valor
de increpar al amor y estar en su concilio.

¡Cuántas gotas de sangre que ya desfallecida
en el rincón del nervio, en ti cobraron vida
al emerger en células de tallo ultramontano!

¡Cuántos sueños azules, de anémonas y lilas!
¡cuántas manos hinchadas de sangre en las pupilas
para arrancar del sol el beso cotidiano!

Justificación

47

Una leyenda escrita, grabada en la fisura
de la roca del tiempo creó el ámbito sonoro;
la cadencia rimada al perfil del decoro
marcó en el pensamiento su sólida figura.

En el dorso del siglo, talló tallo en la piedra dura
su perfil el poeta, en mármoles y en oro,
y celoso e inocuo, guardó el ideal tesoro
en el gallardo muro que mide su estatura.

Desde el flanco callado del Helicón propicio
acaso de la vertiente del torrente inicio
baño con sus claras aguas mi sed de proyección.

Me puse en la balanza y hallé mi propia dote;
admiré a Sancho Panza amando a Don Quijote
y desde entonces tuve una sola pasión.

Melodía de
paisajes



Niebla

50

La tarde vióle envolverse
en su sábana sin hilos,
a hurtadillas bajó el monte
y vino a llorar al río.

en el pecho del ocaso
se encajó como cuchillo;
los chopos palidieron
y se cerraron los lirios.

A hurtadillas bajó el monte
y vino a llorar al río,
y tal fue el llanto de sombras
de sus ojos conmovidos
que el río aumentó su cause
y se fue dando de gritos.

Tarde

¡Qué flojera en el campo!
la vieja sementera bosteza
y bosteza el sol echado cual mastín.

51

Alza el cerro su cresta
cual gallo qui, quirí, quí
y en la floresta
a plomo arde el candil
de la fiesta de abril.

Las sombras han crecido
con un sopor de ausencia;
y se siente cercana
una sonata de grillos, en siesta.

Nube

52

El caballo de horizonte
llegó a galope tendido;
se puso en tierra de un salto
sin poner pie en el estribo.

Salieron a recibirla
en capa gris, los chiquillos;
después, la vieron meterse
en la casa del olvido
por el patio de las sombras
con apoyo en el vacío.

Viento

53

Pasa caminante:
viejo sin ruta ni guía.

Pasa aquí una mala noche
cubriéndote de la brisa
y vete al amanecer
con tus muslos de canica
rodando en el pastizal
como suspiro de niña
que ha perdido entre la hierba
su muñeca consentida.

Allá a lo lejos se mueven
tus músculos–serpentina;
ya te corretea la noche:
–cabalgadura sin brida –.

Sembradora de luceros
vendrá echando semilla
en los charquitos abiertos
a la melancolía.

Sol

54

¡Hay duelo en la lejanía...!
cuatro jinetes de ocaso
van a enterrarlo en el prisma.

Penumbra

55

Hay festín de luceros
y humaredas lejanas

En las chozas se queman
las esperanzas.

Son sombras viajeras,
novias cansadas
que anduvieran las nupcias
a horcajadas.

Lluvia

56

La lluvia tiende su pelo,
–crin de corceles sin freno –
enmarañada, parece,
un carrousel de luceros.

Salpica mi corazón
con insistencia de espejo;
su chapotear canta al aire
un semitono de perros.

Luna

En ti no quiero pensar,
pañuelo de lino blanco
que por las veredas vas
con mil esfuerzos trepando;
porque has hecho de mi vida
en mil geométricos trazos:
un triángulo en cada arista
y en cada vértice un ángulo.

Noche

58

Trastabillando, cansada,
de caminar por veredas,
cabalgando doce lomos
sobre veinticuatro yeguas.

En las monturas de barro
dejó su arnés de azoteas.

Fue bajando, fatigada,
colgándose de una estrella.

Callecita serrana

59

Sube que sube, desnuda,
se encaja en el caserío;
sus muslos desorbitados
están atisbando el río.

Los jacales, de vergüenza
se han puesto, adrede, rojizos
y quieren cubrir las formas
con sus faldas de carrizo
ante la calle de fuego
que serpentea entre los riscos.

Los arcos sobre el río

60

Un árbol desde el sendero
está contemplando ahíto
a tres hermanos gemelos
que están jugando en el río.

Se lavan los pies descalzos,
se mojan de azul de abismo.

Un árbol desde el sendero
les tiende su manto-olivo,
les echa su capa verde
y les cubre con su lino.

–Sábana gris de cansancio,
manta de sombra, sin hilos –.

Los Surcos

61

De una madre: la tierra
saltan las venas;
se estiran, se estiran
en paralelas.

Líneas de molde en pauta,
hechas veredas.

En sus crenchas, el indio
sembró banderas;
ora sones de cuna,
ora trincheras.

El Tren

62

Como lengua jadeante
lamía el camino
en paralelas
de acero fino.

Como bestia sedienta
bebía el camino,
sorbí a distancias
de brinco en brinco.

Sobre su pauta
daba de gritos.

Los Postes

63

Fingiéndose dormidos
pero despiertos
se han puesto a jugar, formados,
al pan y queso.

Chapotean el lodo
sus pies de acero;
toscos, se tiran
de los cabellos.

La Carretera

64

Cinta, colgada al cuello
de mojigatos de sierra;
–a su sotana de verde
ciñe su cintura abuela –.

La ladera se sorprende
haciendo genuflexiones,
y los "viejitos" contemplan
sin misas y sin sermones
el gran templo de la sierra
con cerros por sacerdotes.

El Umbral

65

Como cactus en huelga
agito mis manos hacia el futuro,
hacia la lejanía.

¡Se ahuyentaron los buhos!

Desde el cerro, el sol me bendice
como un sacerdote desde un enorme púlpito.

Vienen a saludarme de fuera,
casi en tumulto,
los medieros de abril,
sembradores del surco.

Del paisaje exterior
ha venido el niño rubio
y se ha propuesto a jugar
con las vecinas del rumbo.

Con las espigas, se ha puesto
a dar en el campo tumbos.

El Corredor

66

Por ahí asoma de blanco
la novia; el pelo suelta
al espejo de la fuente.

Luna que visitó la lluvia
con el vaho de la tierra
y vino a regar las flores
con agua verde de selva.

A la rosa, que cautiva
tenía mi tristeza impresa,
la tomó de la cintura
y se la llevó en la trenza.

El Jardín

67

La luna, en la fuente azul
puso su huevo de tul,
y, acaso solloza
el viejo pirul.

La rosa amarilla
en el pan de la tarde
embarra su mantequilla
y la rosa rococó
pinta la mejilla
al viejo sol.

Los mastuerzos enredan
sus muslos al ciprés
que parece que camina
de revés.

El quiosquito, acaso,
llora su madurez.

Sin el poeta,
¿qué será de él?

Mi Cuarto

68

Un hombre se halla perdido
entre las cuatro veredas;
llora por cuatro costados
la blancura de sus penas.

Como índice de recuerdos
está una mano morena
que ha abierto de par en par
la ventana de una estrella.

Tiempo

69

Pasa abuelo, adentro
hay fuego.

Mis esperanzas:
ojos decrepitos
ante fuegos alérgicos.

Mis ilusiones:
tierras de silencio
en el monorritmo
de los surcos de afectos.

¡La noche nos trae
su mensaje esotérico!

Pasa abuelo, adentro
ha crecido el silencio.

Un lucerito muerto

70

(elíptica cerebral)

Se apagaron las luces del viejo convento,
las vírgenes transeuntes
–estrellas de silencio –
mil retinas abrieron
a la curiosidad.

Mil ventanas se abrieron
agitando el pañuelo
de lluvia, sin tempestad.

Pasaron los paisajes
como atisbos al vuelo.

Y yo salí a buscarles
y les salí al encuentro
y me aferré a la reja
para verlos...

Y al cerrarse mis párpados
quedó un paisaje dentro:
la luna sobre el hombro
de un lucerito muerto.

Romance del
silencio



Romance de la luna y yo

72

A las puertas de mi estancia
llamaron quedo, muy quedo.
¿será la luna? –me dije,
y ella contestó en silencio:
–ábreme la puerta hermano,
de frío tengo helado el cuerpo.

Anduve en bosques y breñas
montando potros de viento;
vengo cansada, aterida,
de rodar por los senderos.

Lavado he mis enaguas
en las aguas del riachuelo
y ví mis blancas caderas
Reflejadas en su espejo.

Mas, he tenido que huir,
las nubes se interpusieron,
y he venido entre los montes
enmarañando mi pelo
y en los caminos de olvido
algunas veces cayendo.

Ábreme la puerta hermano,
que afuera ya está lloviendo;
quiero meterme en tu casa
y participar del fuego;
habré de tender mis ropas
después, meterme en el lecho;
luego extenderme de brazos
y cobijar, un momento
mi helado cuerpo de plata
con las mantas del recuerdo.
¡ábreme la puerta, hermano,
decirte un mensaje quiero! –

73

–pasa hermana, y en mi alma
junto al hogar, toma asiento.
Me acogeré en tu regazo,
tú, me contarás un cuento
y en tus brazos, cual lo hacía
con mi madre, iré durmiendo.
Pero antes dime: ¿la has visto?
¿Aún me sigue queriendo?
¿o en las horas de la ausencia
mi amor ha tenido término? –

–No te ama: lo dijo un día
en que se abrazaba al sueño;
tenía apagada la lámpara
en el altar de su templo.

A un galán apuesto, hermoso,
ofrecía sus galanteos –.

Y al saber que había mentido
cuando el tren iba partiendo
y un ¡adiós! Dijo, agitando
con vehemencia su pañuelo,
juré vengarme, de tanto
engaño que hubo en sus besos.

¡Ay, cómo pude confiar!
¡Ay, cómo pude creerlo!

Ya lo sé, ya me doy cuenta,
tarde lo vi y lo lamento,
¡era una noche enlutada
que no tenía luceros!

Crónicas,
romances y
leyendas



Las Primeras Minas

76

En mil quinientos cincuenta
y uno, –si bien recuerdo
de páginas olvidadas
que hoy hago de mi colete –
“Magdalena” y “San Cristóbal”
fueron puntos estratégicos
donde Rodríguez Salgado
descubrió fondos mineros.

Repasando su ovejería
un día encontró un estrecho
donde triscaba una oveja
tintineando su cencerro,
bajo la espesa neblina
que puso capa del cielo,
–valiéndose para tal
del sastrecillo del viento –.
una cosa que brillaba
que casi lo puso ciego
advirtió; entre la hierba,
como un lucero en el heno.

Mas en la noche enlunada,
propicia para luceros
un filón que relucía
vió, en palpitante reflejo;
–en la penumbra oscilante,
como cocuyo de enero –.

El buen Salgado allí puso
su locura y su contento
al saber que en esa veta
fortuna había descubierto;
mas queriéndola ocultar
la cubrió con pasto seco:
“la Descubridora Vieja”
le puso por nombre luego.

77

En “la Magdalena” tuvo
lugar el descubrimiento
y como mudo testigo
lo fue solamente el cielo.

El producto de ese hallazgo
quiso tapar con un dedo,
pero había más testigos:
sus ovejas y su perro;
éste, una vez que pasaban
por ahí unos labriegos
ladró de un modo que, un día,
estos sus pasos siguiendo
encontraron otra veta:
“La Siciliana”, en el cerro
de “San Cristóbal”, –hoy día
de Pachuca, monumento –.

Y fue tal la vetería
que dejaba al descubierto
que la codicia y el hurto
tuvieron su desenfreno;
la maldad y la perfidia
nace donde nace Creso.

78

–El caso, tiene dos haces,
por donde quiera uno verlo –
pues la quietud del espíritu
está en la veta-lucero
de nuestra vida cansina
apoyada en el recuerdo,
y el dinero, solo deja
en el animo sediento
ponzoña para las almas
y cansancio para el cuerpo.

¡Y es tan necesario a veces
escanciar ese veneno!

II De “la Encina” y “el Jacal”
–primeros fundos mineros –
despréndense esos caudales
que dieron, al mundo inmenso
poderío sin igual
de inagotables viveros.

Fue don Alonso Rodríguez
Salgado, –según impreso –
quien denunciara esos fundos
al escribano Montero

quedando pues, desta suerte
registrado en nombre de ello,
en mil quinientos cincuenta
y dos, según reza el pliego.

Pero cinco años después,
en cincuenta y siete, creo,
Bartolomé de Medina
descubrió –o tuvo invento –
el sistema de amalgama
que encontró florecimiento
en plena era Colonial
de la Nueva España asiento,
por virtud de ese preclaro
hombre de ciencia, minero,
Bartolomé de Medina,
benefactor pachuqueño.

La Conquista de Pachuca

80

Primera Etapa

I Mucho antes de que en el Valle
de México, Axayácatl
extendiera sus dominios
por toda la orbe de Anáhuac,
esta región, hoy: Pachuca
estaba deshabitada;
(o por lo menos, la historia
no marca la ruta exacta;
en consecuencia, me apego
lo más posible a la pauta
de la historia respectiva
–con algo de cierto y fábula –)

Es en el año seiscientos
setenta y uno, que aclara
cuando la tribu tolteca
en Tollantzinco se instala.

Por veinte años más o menos
señorean esa comarca
y extienden su poderío
hasta Tollan, legendaria.

Después llega Quetzalcóatl
a Tollantzinco, y le aclaman
rey y Dios, –de los toltecas –
haciéndole su monarca.

Al saberlo los de Tula,
–aunque de la misma crianza –
la sede y el señorío
desean a ellos satisfaga,
por convenir a su rango,
intereses y prosapia,
y vienen y se lo llevan,
más bien dicho, se lo raptan
y empieza una nueva era
de emporio, una nueva etapa
de progreso en los confines
de aquella notable raza.

81

(Cuando ese grupo emigró
en su primera jornada
hacia Tula, antes de
que Quetzalcóatl llegara,
aquí acampó buena parte,
refiriéndose la página
a que era porción estéril
y por ende, desolada).

De paso hacia Mamenhí,
(hoy Tula) –que era habitada
por hostiles tribus nómadas
de otomíes y nonoalcas, –
entre una estrecha abertura
fundaron esta comarca.

Aquella raza tolteca
tan enorme y tan preclara
que su rango y su cultura
extendiera hasta los mayas,
advirtiendo gran riqueza
aquí, de oro y de plata,
dispuso que un grupo de ella
esa riqueza explotara.

82

Y así fue como acamparon,
–según vieja versión dada –
confirmando, de tal suerte,
del álbum la única página.

Sin duda que su destino,
su vigencia y su prestancia
florecieron al hallazgo
de la codiciada plata,
y así sentaron sus reales
en esta tierra argentada
de los vientos y los cerros,
la escobilla y la biznaga,
el Tepozán, que en la cumbre
su silueta cobre estampa,
ante el torbellino fresco
que del "Bordo" y de "Santa Ana"
venía hace mucho tiempo
lamiendo las rocas altas.

(Desde luego que estos nombres
no se escribían en las páginas
todavía, de la historia
retrospectiva o pasada.

Pero hemos de menester
hacer mención adecuada
y trasplantar el sentido
con el sentir de esta etapa;
como nave que izó velas
sin tocar a la bocana).
Mientras esto sucedía
y mientras esto pasaba,
con el tiempo que corría
como muselina pálida
sobre el cielo mexicano
que ha echado en el mar el ancla
y que ha visto pubescer
en las manos crin y anca
del potro de los anhelos
y yegua de la esperanza,
en el cielo de Pachuca,
–suelo de tuza y tinaja, –
ya se advertía la presencia
de hombres, do mi historia arranca.
(Allá en Tollan, mientras tanto
con su presente llegaban
Papatzin y su hija Xóchitl
al dominio del monarca
Tepancaltzin, –rey viviente –
quien la hizo desposada.
Aquel presente fue el pulque
que octli se le llamaba
y derramó su veneno
con su filo de navaja
rasgando como escalpelo
la carne de nuestra raza;
era el bisturí maldito

de Tezcatlipoca el arma.
Una cita digresiva
hace referencia exacta
a estas rutas relativas
que necesario es tomarlas
pues ligan perfectamente;
por ende van asociadas).

84

Quetzalcóatl, lleno de angustia,
de dolor, lleno de rabia
por el vicio que hizo presas
a todos los de su raza,
convirtió en viles mezquites
del buen cacao las vainas,
y así el solar mezquitense
fue como cayó en desgracia,
(según reza la leyenda
hipotética y arcaica)
y huyo lejos, para siempre
hacia una remota playa
y como una nave incierta
se perdió en lontananza.
Tezcatlipoca, el perverso,
malo cual la yerba mala,
pudo más, –germen de insidia –
que Quetzalcóatl, en el ara.

Los señores de Jalisco
llegan con furia y con saña
y aquel imperio tolteca
de Actopan y Mixquiahuala,
que no tenía más arma
que la cultura y las artes

donde florecían gallardas,
lo mismo que la semilla
de maíz, tan apreciada,
tuvieron que sucumbir
junto con aquella raza
tan estoica en el combate
y en la cultura, elevada;
prueba grande de tal suerte
en los sus vestigios se halla,
en donde late el espíritu
del Dios "serpiente emplumada"
que hombres blancos y barbados
como él, les pronosticara
y que después, irrumpieron
a la escena y a las tablas
de este teatro de mexicas
con las sus hordas vandálicas.

85

Al frente de ellas, Cortés,
extremeño, con su cauda,
fue quien usó a Moctezuma
de "pechardino de manga"
pues la aquella profecía
veía que se realizaba.

II Al llegar los chichimecas
con Xólotl, su gran monarca,
el hijo de éste: Nopaltzin,
apareció en la cañada
que de levante a poniente
se extendía como rampa;
(esto, según Ixtlilxóchilt,
llamado Fernando de Alva)

y a aq̄este lugar le dio
el nombre de: Patlihuchacan.

Fundáronse los señoríos
de Metztitlán, Tepeapulco,
donde Quinatzin reinaba.

86

Luego llegan los aztecas
a Tula y a Atitalaquia
y dirimen la contienda
a base de un duelo en armas
del que fueron vencedoras
aztecas huestes preclaras.

Hallaron tierra propicia
aún cuando la tierra gándara,
y prosperó nuevamente
la gramínea en forma rápida,
de tal suerte, que al momento
la tierra pusieron grávida.

(Quetzalcóatl, Dios de la vida;
–entre deidad y hombre alianza –
benefactor, el que crea
al ser con su sangre diáfana,
le alimenta con maíz,
le da vida con su savia.
El nombre de Quetzalcóatl
toma Topiltzin Ce Acatl
y con este sacerdote
se escribe una nueva página
que abre con los quiname

y con Othomitl. Se ensancha
con los nahoas y olmecas
y con este mismo acaba).

Del reino de Acolhuacán
Pachuca parte formaba,
y así quedó sometida
al régimen de esta casta
de Itzcóatl, rey valeroso
de aquella grey soberana.

87

(Por aquel entonces, nace
en Tizayocan, el nahoa
Huitzilíhuitl, y lo ungen
de zempoalxóchitls y malvas,
y las "ticime" lo cubren
con bálsamos de hojas y algas,
con flores de garambullo,
yoloxóchitl y retama;
es el que por nombre lleva
el del rey azteca o náhuatl.

Hoy, cerca de Tizayuca,
hay un pueblo que se llama:
Huitzila, nombre que dio
al gran cacique y monarca)

Segunda Etapa Viene luego la conquista
tenaz de la Nueva España
en donde Hernando Cortés
con fiereza temeraria
midió su temple y su acero
con la temible pujanza
de un pueblo que defendía
su derecho ante la infamia.

88

Aquel audaz extremeño,
–por su Dios y por su patria, –
presidía, ante la codicia,
la horripilante matanza;
mas tuvo su Noche Triste
y miró abatir su espada
ante el heroico y sublime
gesto de nuestro jerarca:
–el último rey azteca,
símbolo de nuestra raza –
que ante la impiedad veía
arder la lumbre en sus plantas,
mientras que a Hernando Cortés
en vez de una queja darla,
le clavaba el estilete
del filo de su mirada.

De Olid y Holguín lo prendieron
cuando iba en una piragua:
"toma este puñal y mátame"
exclamó y fue una palabra
que repercutió en el cielo
de la sometida Anáhuac
grabando de oro, en la historia
las más bendecidas páginas.

(Rememorar quise el hecho
pues cualquier historia arranca
de páginas tan habidas
entre México y España).

Tercera Etapa En mil quinientos ventiocho
y ya Tenoch conquistada;
cuando "estrechez" o "apretura"
era Pachoa o Pachoacan,
un español: Franco Téllez,
con ventiocho hombres llegaba.

89

Por "San Cristobal", "el Cuixi"
servía como de rampa
por donde Téllez se hacía
hacia esta mar sin muralla.

Soldado de Hernán Cortés
era, de la tierra hispana.

(Pretendamos describir
la fisonosuya llana:
éstos y aquéllos dijeron
que era tuerto, aseguraban
que el oro de su pelambre
hería el color de su cara:
que era como blondo encaje
en marco de porcelana).

En quinientos veintinueve,
–según el cabildo en acta –
un solar de esta Pachuca
a éste concedía y daba.

(Creo que el solar fue aquel donde hoy: "Casas coloradas").
"El cabildo hace merced a Francisco Téllez dalla una porción solariega que está, sabed, de la plaza hacia la cárcel, en donde al fina de la calle se halla. Tendrá por frontera, della otro solar y otra casa: la de Gonzalo Rodríguez en la esquina, dando espalda. El Cabildo en tal virtud con gusto ha querido dalla esta porción solariega a Téllez, para habitalla".

Después fue la fundación de "La Asunción", y "Las Cajas", en donde precisamente se establecieron las arcas para recoger los fondos de los diezmos y alcabalas y repartir los azogues en forma más adecuada.

Vinieron de Atotonilco, de Real del Monte, de Huasca, los pobres con su trabajo y los ricos con sus dádivas.

Romances
de Pachuca



DOS PALABRAS²

Pachuca, la vieja ciudad minera, la antigua Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Nuestra Señora de la Asunción y Real de Minas, se desmorona día a día. Sus barrios sufren la influencia de la edificación moderna, por sus calles se abren sanjones para colocar tubos de drenaje, el bisturí de la técnica corta aquí, las oficinas de Catastro modifican allá, y las urbanizaciones modernizan los ángulos señeros del pasado.

9²

Para conservar la visión emotiva de la vieja Pachuca, un poeta hidalguese, Genaro Guzmán Mayer, escribe las últimas epístolas al pueblo y en romance las deja caer como hojas voladoras en el mercado de las emociones populares, sin gritón y sin guitarra, para que en un homenaje final a la tradición se graben para siempre en el corazón de la ciudad.

Genaro Guzmán Mayer se ha convertido en el cronista de la ciudad de las minas, pues su convivencia con el callejón del barrio, en donde ha logrado auscultar el sentido de la luz de las lámparas de carburo, que como signo augural le impelen a perseguir la honda tragedia de la mina; su perpetuo seguir el movimiento cansado de los hombres que surgen del sacavon buscando la sinfonía y la boruca de los cuadrantes donde lo mismo hay papelerillos que vocean a las altas horas de la noche que canes famélicos husmeadores o ebrios dolorosamente abandonados; su oído, atento al canto de las horas noctámbulas; precisión para percibir lo que dicen las cosas de Real del Monte, nidal a donde llegó descalza la ciudad de Pachuca; su intento folklórico, ha culminado en los Romances de Pachuca.

² Prólogo a "Romances de Pachuca", edición del autor, Pachuca 1964.

Los barrios de Pachuca dieron fisonomía a nuestra ciudad palanquetera como dice Genaro, los puentes nos dejaron asomar de niños al misterio de las aguas que llevaban azogue y nos incitaban a búsquedas gambusinas prometedoras de riqueza; las cuestas nos hablaban de los horizontes altos, detrás de los cuales se levantaba el misterio de los malacates de las minas; el “Bartolomé de Medina” nos atraía con sus disímbolas representaciones; de Alberto García Domínguez el prestidigitador, hasta Ortiz Tirado Salazar y Virginia Fábregas.

93

Y los cuadrantes maravillosos, asiento del minero trasnochador en donde nuestra gula encontró cumplida satisfacción engullendo pambazos y chalupas o tamales ventrudos de pollo auténtico; los rincones, esquinas donde el café de borbotón agrupaba lámparas de carburo y dueños tridentes de las mismas que buscaban calorcillo en el brebaje lleno de tripas de aguardiente; las voces gambusinas que buscaban inspiración en la noche pachuqueña llena de saudades...

Todo, ahora, convertido en “vestigio del pasado” cobra sabor antañón en los romances de Genaro Guzmán Mayer. . .; en esos cuadros evocadores llenos de rústica presencia minera, entraña misma del poeta que nutrió su savia interior con los rousos asordinados de la mina, templo de sus más adictas satisfacciones provincianas.

Genaro Guzmán Mayer, el poeta de las turbulencias contradictorias, el enemigo de todos los formalismos, que ha hecho de su propia vida una comedia informal en donde él mismo es autor, actor y traspunte y en cuyos escenarios

EX LIBRIS

tienen cabida todas las audacias y se da entrada a todos los intentos, se vuelve ahora romancero ocasional y a media plaza convoca a la paisanada para darle a conocer su nueva concepción del corrido popular.

94 Se puede hablar del subjetivismo en el corrido de Genaro. Prefiero por razones sentimentales llamarle corrido mejor que romance. Por que sus muy personalísimas concepciones en las cuales – ¡palabra de poeta! – no hay el menor asomo de desfiguro por fingir originalidad, alcanzan profundidades maravillosas en donde se purifican las esencias metafóricas de los conceptos:

“Aceituna almidonada
Lucen los “juanes” de ropa. . .”

Espigando entre los octosílabos, se topa el oído con algunos contrastes incomparables que despiertan sugerencias:

“Sembré polen que la tierra
recogió como una esponja
chupando tallos de ausencia
y raigambres de congoja. . .”

Y en varias veces choca la dureza de los versos emulsionados en químicas renegadas de su laboratorio, divertimientos del poeta que diabólicamente ríe al elaborar los azúcares de su diabetes:

“Calle-vena que palpita
como en el pecho la aorta;
calle que va al corazón
por la horizontal más pronta”.

Genaro Guzmán Mayer

Por fin, en un enamoramiento total, como buen provinciano, de su barrio, “La Surtidora”, a cuya principal calle dedica todo un romance como en el llanto-oración-pregón que dedicó a la mina en su “Canto a Pachuca”, exclama en una apasionada entrega absoluta:

“Déjame sentir el barrio
que del pan del día es tahona. . .”

Si Pachuca sabe entender el mensaje de Genaro Guzmán Mayer; el pueblo minero comprende el homenaje del poeta, podremos afirmar que aquí vive la presencia de un hombre que, peregrino de las reminiscencias ha querido darse a su ciudad. 95

Y si no lo entienden también.

RAFAEL CRAVIOTO MUÑOZ

Los Barrios

96

I Hoy, proyectaron mis ojos
 sus miradas, hacia adentro
 y han estrellado sus vidrios
 dentro de mi pensamiento;
 para salir, mi plumaje
 hubo de burlar su encierro
 y fue a poner su nidal
 hasta la "Cruz de los Ciegos".

De allí, la distancia expande
sus plumones palomeros
a los puntos cardinales
de la rosa de los vientos,
a cada alero del barrio,
el barrio de mis recuerdos;
de "Chacuaco" al "Arbolito",
de "Cubitos" a "Loreto".

Cómo me encanta, Pachuca,
tu amanecer dominguero
que tiene en los barrios altos
sabor de raza y de pueblo.

Hoy he de llegar al barrio
(ignorado por plebeyo)
y echar, con trozos de luna
un volado al merengero;
y sentarme en los "pollitos"
y echar la "siesta del perro"
y si es en Semana Santa
leer al pulque los versos
que en fondo de banderitas
puso su numen poético
el bardo de la provincia,
el bardo populachero,
que canta su loor al judas
con elogios al cohetero
y clava sus banderitas
en la caña... o el cerebro;
o bien, de aquellas barriadas
saborear lo mujeriego;
–con alfileres de sol
prender en mi alfiletero
las mariposas de seda
en muselinas de pétalo
que en la su metamorfosis
de orugas, se tornan senos –.

97

Cuando al medio, o en la nave
prende su lámpara el templo
y se encienden los bombillos
en la gran nave del cielo
y pinta en álbum de estampas
con su pincel, el murciélago,
bajaré lleno de auroras
con paso lento, tan lento

que caminando de espaldas
me parezca que regreso
a aquellos barrios que tienen
sabor de raza y de pueblo.

98

II Hay veces tenemos llantos
que se nos van para adentro
y el alma se nos calcina
cuando ha probado su ajeno;
por eso, Pachuca, tienes
el sabor de mis recuerdos
cuando paso por la arteria
del puente palanquetero.

III Quiero cantar tus corridos
en el barrio pregonero,
ora alegres, ora amargos,
pero nacidos del pueblo;
pueblo de fe y tradición,
pueblo alegre y pirotécnico.

"Ya viene 'Chente' Segura,
millonario de abolengo
grande en la Revolución
y por afición torero".

"Voy a cantar el corrido
de un general, del Ejército:
Marcial Cavazos tomó
a Pachuca, el diez de enero,
el Teatro B. de Medina
lo cobijó cuando muerto".

"Desde el balcón de aquel Teatro
habló Francisco I. Madero".

"Aquí, a lazo de la Vega
Gabay dio fusilamiento".

"Al buen Don Froylán Jiménez
vistió la parca de negro;
junto con Bracho, en 'Purísima'
le acribillaron el pecho".

99

"En mil novecientos once
Gabriel Hernández, certero
fusiló al 'Chato Moedano'
de una descarga de acero".

"Vuela palomita blanca,
vuela con errante vuelo
que hoy se ha quemado el mercado,
mercado de 'Barreteros' .

"El año de ochenta y dos
cantó en Pachuca un jilguero,
la diva Angela Peralta
nos dedicó sus gorgeos".

"El año cuarenta y nueve;
¡Pachuca, de luto entero!
la inundación de esa fecha
dejó su saldo sangriento".

Y así otras y tantas cosas,
cosas que tienen ajeno
ha marcado ese reloj
de la torre, con su péndulo.

Por eso creo que los barrios
guardan de aquello un reflejo,
por eso hoy quieró llevar
mi alma de pregonero,
hoy que abre un cáliz el sol
de amanecer dominguero
que tiene en los barrios bajos
sabor de raza y de pueblo.

El Arbolito

1ª Estampa

101

I Sube que sube, mi mente
ha trepado por el risco;
se va empapando de carburo
a medida que lo sigo;
la falda de "San Cristóbal"
bordó con oro y platino
mi fantasía provinciana
con nostalgia de domingo.

Con su filo de saeta
se encaja en el caserío,
–faltriquera de bohemio
provincial como el buen vino –
en forma tradicional
guarda sus perennes ritos.

Las casuchas de aquel barrio
se han puesto a jugar de a brincos
y se recogen las faldas
huecas, de adobe y carrizo,
y como lenguas jadeantes
que van lamiendo el camino,

zig-zaguean las callejas
enseñando hasta el tobillo,
grises de nervio y distancia,
café como el tamarindo
y a manera de amapolas
llevan sangre en el vestido.

En el barrio de "los hombres",
el barrio más impulsivo,
puso su sombra la noche
y el minero su garito.

102

II La tradición eso cuenta
en romances y corridos
pero la verdad de todo
es que allí hasta "Cubitos"
late el alma pachuqueña
pura a mineros, y limpios
corazones, que cual vetas
de plata, instalan sus vidrios
en las ventanas que un día
eran marcos paralíticos,
donde colocó el minero
el corazón en suspiros.

De "La Surtidora", brava,
el barrio del "Arbolito"
siempre los unió un tranvía
más los apartó un abismo;
dos barrios que eran dos manos
que clavaban sus cuchillos
—en el centro de su cuerpo
dentro de su cuerpo mismo.

–Ay, compadre, nunca vayas
al barrio del "Arbolito",
mira que la gente es brava,
no hay "guarda" que haya subido
que no retorne en camilla
al panteón del municipio.

–Al que tiene pantalones
como yo, que es bien nacido,
no lo espantan con el "coco"
ni lo amedrenta algún jijo;
el canto del tecolote
nunca asusta al gallo giro;
perro que ladra no muerde,
de perros ta' lleno el circo –.

103

Y el "contratista" y el "guarda"
por tanto tiempo enemigos
se dieron cita en el barrio
y sacando sus cuchillos
pusieron luto en los labios,
sólo que oyeron dos gritos,
allí quedaron los dos
impávidos sobre el piso.

Tu lo buscaste, mi amigo,
tu compadre bien lo dijo;
sólo, has llenado con ecos
de resonancia el camino,
con tus espuelas de charro
constelaciones zafiro;
todas las noches pasadas

en tu caballo retinto
frente a la ventana en donde
te saludaban los linos
de unas manecitas blancas,
las manitas de tus hijos.

III Entre el sopor de la tarde
está su musgo dormido,
un "volado" de merengue
se torna en sorbo de vino,
luego, lechuza que observa
con ojo cari-lamido
en el cielo palpitante
de cocuyos ateridos,
verdes cual mis esperanzas,
azules como el olvido,
como la lluvia que siembra
sus juncos sobre el río.

IV Sin vano alarde, Pachuca,
mis cántigas yo persisto,
yo que veo, como el compadre,
que me saludan los linos
de unas manecitas blancas
desde el claro de sus vidrios,
como pájaros que cantan
dentro del nido, a tu nido,
—porque mi nido es tu rama,
es mi rama de tu nido —
y desde el solio paterno
el mismo sol que me ha herido

es el mismo que a la luna
le ha concedido su brillo
para verme, como sauce,
ya llorando sobre el río
o arrancándome los ojos
para comérmelos vivos
y poniendo el corazón
a la mitad del camino
para que pasen por él
ya muertos, de azul vestidos
los recuerdos, las tristezas,
las alegrías, los olvidos,
poniendo tajos de ausencia
y párpados en los lirios,
como la lluvia que siembra
sus juncos sobre el río.

2ª Estampa

I

En la huella de una yedra
enferma, de un muro viejo
o en un antiguo enrejado
de ventanal soñoliento
vaga al plenilunio el alma
confesa, del pensamiento.

Por tus casa salpicadas
va hacia tu mar, mar adentro.

Esa casta arbolitense
morirá cuando haya muerto
en mí, entre musgos verdes
el eco de tu silencio.

¡Ay, los añorantes patios
llenos de casco y linternos!

Hay constelación de gemas
en el empedrado présago:
sinfonía de estoperoles
de zapatones mineros
que como gusanos sepia
van socavando el subsuelo.

106

En la rama de la angustia
se columpia mi deseo
y en las manos de mi origen
cabe un cachito de cielo
que como tarde, muere
como se muere en el sueño,
porque es la vida, –tu vida –
sueño de ángeles etéreos
que se mide en cuadratines
con tu reloj minuterero.

II Hoy, tras de un beso perdido
a ti mis plumajes vuelvo;
se columpian en el aire
como una rama de ajenjo;
en el hueco de la mano
ella se llevó mi beso...

¿Lo habrá raptado la luna
que yo encontrarlo no puedo?

¡Ay, es un beso sin sombras
que se ha perdido y lo tengo!

III

He recibido el adiós
de tus blancos tendederos,
mas ya no puedo apartarme
del barrio "tejocotero"
que puso anís a mis labios
y a mis lágrimas ajeno;
en mis memorias, ella
surge con rapsoda vuelo,
el rebozo de mis ansias
ciño su cuerpo moreno
—rebozo que va abrazando
a la canela del cuerpo —.

107

¡Ay, mujer arbolitense!

¡Niña de almidones frescos!

¡Risa de jicama fresca!

¡Risa de un elote tierno!

Tú eres sublime raptora
que se ha llevado mi beso.

Eres cerrazón de labios
del barrio calamburero.

Pachuca de mis recuerdos

108

Estoy triste, mi tristeza
lleva muertos en las manos
que el recuerdo en tierra viva
no ha podido sepultarlos.

¡Pierde su luna el sendero...
pero seguimos soñando!
Saliendo al camino, quiero
dar retrospectivo salto
bebiendo el néctar piadoso
de la añoranza en el vaso.

De esos licores estoy
persuadido y los escancio
sin confundirlos siquiera
con vulgares bebistrajos
que se consumen hoy día
tan fríos como carámbanos.

Y aún cuando no convencido
a esta época me adapto
y un suspiro, de rodillas,
tengo como velo pálido

para ponerlo de alfombra
a mi pueblo y a mi Estado.
¡Este solar de la Patria
tan rico y tan explotado!

Hoy quiero añorar un poco
de esta Pachuca sus ángulos
que ya, desgraciadamente,
pertenecen al pasado.

109

Por la calle de Morelos
que era camino a "Dos Carlos",
el tren, como serpentina
daba sus giros curvados;
ascendía por "la Victoria"
y con sus cansinos pasos
seguía por Corregidora
a "La Surtidora", exhausto.

Continuaba por Arista...
—¡Oh, qué grato itinerario! —
Repuesto de la fatiga
hundíase por el Rastro,
después, frente de los "jales"
se perdía rumbo a Chacuaco.

¡Cuánta poesía de entonces!
¡Pachuca perdió un caballo!

Cuando salía de Loreto
mi novia, —toda de blanco —
en el tranvía tan chiquito
que parecía escarabajo,

nos llevaba al "matiné"
con "dancing" y con sarao,
mas... sin "rebeldes sin causa"
era todo más romántico.

Después, en el cine mudo
¡Cuántos suspiros! ¡Qué halagos!
interrumpidos a veces
por una orquesta de banjos.

¡Cómo hemos de compararla
con estos ruidos extraños
del cine, las sinfonolas,
el Rock and Roll y los mambos?

El cine, aún no sonoro
de gran metraje extra-largo
tuvo su época de oro
con Valentino, Novarro...
con "Scaramouche", "Ben Hur"
y "El Sheik" o "El Pagano".

(El "Pineda", con Jack Holt
en "El Submarino" trajo
la primera cinta hablada
en rollos de gran tamaño).

II El viejo tiempo se afeita,
reloj de arena en la mano.
— ¡Era del desquiciamiento,
de los Sputniks y el átomo!
Con razón la torre llora,
llora por cuatro costados

la virulenta conquista
del poder y de los sabios –.

¿Cómo comparar aquello
con este mundo tan raro
en que naufraga el sentido
en un mar tan insensato,
¿En que el espíritu tiene
con el estómago pacto?

111

¿En que la luna, antes bella
ha recibido el impacto
de un Lunik? La ciencia ríe
y el poeta mueve a llanto...

Hirieron lo que en la noche
hizo el camino más diáfano,
donde la sombra se estrecha
y el pensamiento es más ancho...

¡Lo que el poeta más quiso
lo hirieron de un latigazo!
¿Y qué daño les hacía...?
¿Qué le hicieron, insensatos?
¡Mundo de las maravillas
pero sin moral y abstracto
como el arte, el sentimiento
y el espíritu inodados!

Los cincuenta megatones
den en el mundo su impacto
donde no tenga el espíritu
ni un lucero sepultado

y su sendero provisto
de piedra para los dardos,
y dé el silencio sus gritos
en el vientre del pasado.

III ¡Ay, Teatro B. de Medina!
 ¡Cómo te llevo en el tacto!
 De tanto que yo te nombro
 ha quedado mudo el labio:
 en aquella época puso
 –la época de mi relato –
 su planta, Socorro Astol
 y los Coros Ukranianos,
 la voz de Armanda Chiro
 y la Compañía de Enanos.

"El Bufón", –de mi cosecha –
que se estrenó hace treinta años
con Ángel Moya Sarmiento
y Federico Alexánder, son,
con Ernesto, –el de Villena –
y Nadia: Judith Alfaro.

Cierta vez, fuiste mortaja
del cadáver de Cavazos...

Por eso, como el reloj
tienes colgados los hábitos,
y aunque el pueblo todo olvida
no ha perdonado el agravio.

IV Otro rincón pachuqueño,
otro nervio y otro ángulo
es sin duda aquel que entonces
se llamaba del Topacio.

¡Qué crimen han cometido
también, con afán ingrato!
¡Quitar de piedra preciosa
el nombre... y ponerle "El Gato"!

Y aunque profano parezca
allí les vigila "El Tráfico"
que con navaja cortante
corta la calle en dos gajos:
arriba la de Galeana
y la de Guerrero abajo.

113

Allí pasaba jadeante
el trencito escarabajo
que de Maestranza a Loreto
iba marcando su paso.

El era una bendición
como del pan cotidiano,
en tanto, las canastillas
que cruzaban el espacio
parecían golondrinas
el aire-vidrio cortando.

En ese enjambre sonoro
de actividad y trabajo
las quebradoras hendían
el aire, como himno mágico,
mientras, gargantas de acero

anunciaban el descanso
atravesando las calles
como flechas: los silbatos.

Ya nada de eso nos queda,
todo ha perdido su encanto,
sólo la vida nos lleva
en vertiginoso raptó
y el pensamiento, contrito,
ronronea como gato
en aquel rescoldo tibio
de algún recuerdo nostálgico.

114

V
Hoy es día de Serenta,
día en Pachuca de boato.
En el Jardín han prendido
sus velas y lampadarios
y en quiosco de corcholata
toca la Banda de Charros;
los luceros parpadean,
las mozas bajan del brazo
de algún galán que ha prendido
sus pupilas en el barrio;
las gentes de nuestro pueblo
lucen sus mejores trapos
y embanderan tendedores
de dril, en rincón urbano.

Después el Jardín parece
un carrousel de relámpagos
dando vueltas en redor
del reloj, como gusanos
que en círculo de una vela
lanzan sus giros alados.

El buho de cuatro miradas
parece un panal de párpados
que a su gran mole se adhieren
como los besos al labio.

De tanto inclinarse a ver
la noche tiene lumbago;
la luna carilamida
puso su almidón en alto,
como en un asta de feria:
–camisa en palo ensebado –.

115

El aire se mete fino
los pechos apuñalando
mientras la música expande
su acento nítido y diáfano:
"Serenata Pachuqueña"
de Luna, y de don Leonardo
"Florecita de mi Tierra"
que nos llegan como dardos
al corazón, de tal modo
que nos encuentran llorando.

Mas todo pasa, se vive...
y todo se muere al cabo.
Mañana un montón de tierra,
cien pupilas sobre el lago
si acaso un recuerdo, o nada...
nada... ¡El ajeno amargo!
Mas... ¡Dejadme mis recuerdos!
¡Dejad que siga guardándolos
en la cajita de felpa
del corazón lastimado!

¡Dejad que lllore en silencio
mis cuatro caminos largos!

¡Dejad que viva la ausencia!

¡Dejad que se haga el milagro
y que el recuerdo nos deje
en el corazón su bálsamo!

¡Dejad que llame la esquila
de nuestra noche, a rebato
y voltejee sus recuerdos
del espíritu al ocaso!

116

Del sauce de los lamentos
están las ramas colgando;
la savia vaya hacia arriba
y nuestro llanto hacia abajo
de tal modo que la senda
regadía, por el atajo
encuentre en esos caminos
un suspiro arrodillado
que el espíritu, convulso,
puso en la mitad de un astro.

Estoy triste, mi tristeza
lleva muertos en las manos
que el recuerdo en tierra viva
no ha podido sepultados

¡Pierde su luna el sendero
pero... seguimos soñando!

Romance del Reloj

117

Hoy ha quedado en mi mano
rumor de noche pasada,
el viento con su plumero
le limpió el cristal al agua
y en el pelo de la luna
puso su olor de lavanda.

Las nueve horas del reloj
cayeron en rebanadas
sobre el plato dominguero
de Pachuca en serenata,
donde el cuchillo del viento
se puso a cortar manzanas
en el cesto provinciano
del reloj de cuatro caras.

Lució su perla la noche
cuando abrió su concha nácar;
en tanto que mil jilgueros
con ansiedades de pauta
desgranaban sus gorgeos
en quiosco de corcholata
lanzando a los cuatro vientos
sus retos a la distancia.

II El reloj: ¡Hamlet erguido,
con su alma solitaria!
Sentimental en su canto
y elocuente en la palabra.

A veces finge paloma,
a veces parece beata
con chal negro a la cabeza
y almidonada la falda.

118

Pero sobre todo: ¡Hombre!
¡Hamlet de escarcela y daga!
Tiene una daga cortante
en el filo de su asta
y su escarcela provista
de fino bronce y de plata
pero como Hamlet, llena
tiene de dolor el alma.

III El pavo real de la luna
con su cola de esmeraldas,
por no caer, a la noche
obligó a encender sus lámparas
y al reloj, en derredor,
puso un reguero de alhajas.

En mitad de mis retinas
abrió la luz sus ventanas:
mitad para ver estrellas
y mitad para mirarlas,
mitad para mis anhelos

y mitad para mis lágrimas;
pues si se llenan de musgo
verde, las mis esperanzas
volver las insto a seguir de espaldas.

–En la ventana, el amor
no ha cerrado sus persianas
y en mi mente, el pensamiento
no escribe aún su postdata –.

IV

Prende su fósforo el búho
de pupilas dilatadas:
–en la noche, es el reloj
un búho de cuatro miradas
que ante Pachuca que duerme
extiende su vigilancia –.
El reloj es un alero
que canta por las mañanas.

De su testa palomera
emigran palomas blancas:
llevan mensajes de aurora
en la alforja de su alas.

¡Palomas que en su plumaje
llevan las horas colgadas
y pasan dejando estrellas
al través de las ventanas
poniendo nidos de ausencia
y madejas de esperanza!

V

¡Oh Hamlet! ¡Hamlet erguido!
¡El del alma solitaria!
Vestidme de verde el día
en que me entregue a la nada
a la hora de la cita
que marquen tus campanadas.

De verde está la pared
en donde tengo clavada
tus mariposas: –las horas –
con alfileres del alma.

¡Cuántas veces en redor
de ti, yo abracé mil ansias!

¡Cuántas veces recorrí
mil senderos a tus plantas!

¡Cuántas veces mis pupilas
te bañaron con sus lágrimas!

¡Cuántas veces te abracé
reloj de mi tierra amada!

Ventanita Pachuqueña

121

Ventanita pachuqueña
en el recuerdo empotrada
al través de la cual veo
al "búho de cuatro miradas":
ese reloj palomero
que canta en sus campanadas
y echa juria de centavos
en el bautizo del alba.

Ventanita dominguera
que viste sencilla gasa
y en el recuerdo eres ojo
que llora sus cuatro lágrimas.

Ya alegre, frente al sendero
que conduce a la barriada,
clamorosa a barro fresco,
a seda, percal y manta,
a papelitos de china,
a "toritos" y matraca,
a "Chabelitas dormidas",
a gorditas pellizcadas.

O triste, frente al sendero
que conduce a la bajada,
por donde se fue la ausente
y el recuerdo va a alcanzarla.

¡Sendero color de abismo
que la fe y la luz se traga!
Allí eres, mi ventanita,
ojo de dolientes lágrimas:
retina para el olvido,
pupila desorbitada
para el recuerdo desnudo
en horas de almendra amarga,
llanto que se va hacia adentro
y que con nudos se traga.

¡Ay, cómo llora el silencio
en su vientre de nostalgia!

¡Ay, cómo gime la ausencia
en su silencio de cáscara!

Ya no quiero, ventanita,
–que tienes la faz cuadrada –
que recojas las cenizas
que han dejado mis sandalias.

No quiero verte llorar,
ventanita anestesiada,
a donde posó el plumaje
de una mariposa pálida.

Luego que... como eres verde
con el verde de esperanza
te introduces de tal modo
por las rendijas de mi alma
que parece que un suspiro
se arrodilla, se te abraza.

Ya no quiero, ventanita,
que me sigas las pisadas
ni me recuerdes la calle
que rodeas con las miradas.

123

¿No sabes que las heridas
lastiman cuando se palpan?
Aún oigo el golpeteo
resonante de las lágrimas
y gritos en el desierto
y espejismos en el agua.

¡Ya no quiero, ventanita...
Por piedad, no quiero nada!

*¡Pachuca,
urna verbal!*



¡Pachuca, urna verbal!

126

PRÓLOGO A ti, Pachuca; urna verbal,
cantada en panegíricos halagos;
relente en el rizoma ubérrimo
de tus vientos alados.

Intuído de lucero y cargado de pájaros
apoyo mi ambular; tiendo en tu mesa
–de la luna –el lino de manteles largos
con el vino de estrellas en los vasos.
Y tú, que tienes tantos ojos ausentes,
tantos ojos en grano
me dicen que te extrañan y te extraño,
y estoy sin entenderte
por el mucho de tenerte
colgada al pecho como escapulario.

Cuando el sauce llorón y los cipreses
alzan su copa al odre del ocaso,
y a tus pies, como mastín añoso
tendido el sol en cándido marasmo,
sé que es tuyo el destino donde creces,
sé que es mía la muerte donde acabo,
por eso he de ofrecerte
este imperioso, –a gritos –memorándum.

ACTO I
I

Con el azahar del reincidente halago
yo me adormí a sueños de naranjo
y me detuve a ver, –lunalunero–
en la fuente que guiña su lucero
a la noche de paso.
–¿Dónde no hay una luna y una fuente
y junto a ellas la cuita adolescente?
¿Dónde no hay un beso tibio
quizá de ludibrio
que a la hora de la cita, prolijo,
se estampa como lucero en escondrijo?
¿O acaso, el niño que, inconsciente
rompió de una pedrada
a la luna en el fondo de la fuente? –
¡Como aquella que por ser tuya es mía!
¡Fuente inolvidable como tazón de almíbar
frente a la antigua Casa de Maquívar!

127

Y caminando fui hasta tu arquería,
–trasunto de mercaderías –
por tus calles a saltos de adoquín,
que tienen el recato de las beatas
persignando su incienso atardecido,
como el dorado churriguera a fuego
al retablo salmódico adherido.

Allí, el signo cotidiano
persignando su Cruz en cada mano.
Allí, tu palanqueta del crucero
que en el puente empinado
da su alarido de pregón, en veces,
con "veintes" al piñón y mano a nueces;
y en esa tradición y trayectoria

luces a jamoncillo y pepitoria,
en tanto, paradójico en la cita:
el recuerdo a refresco de canica.

Luego, el escarabajo-trevecito,
el falsete a pregón de: "a poco picas"
el delicioso paste y garapiña
de "La Floresta", con sabor de osito.

128

Tú mereces la plata del venero
que en la fachada de tu torre riel
como luna en el fondo de la noria,
y parece se cuaja, almidonado,
como pastel de boda,
casto, a paloma,
como que lo ha de comer la tierra novia.

II Tu feria franciscana, mi Pachuca,
te satura de hallazgos:
un niño entre la lluvia se te pierde
y encuentras su sollozo entre los flancos
del caballito, el volantín, la rueda,
que si arriba: cascada de luciérnagas
y si abajo: nostálgicos escarabajos.

Esa cuenca verbal que te adivina,
–polen de enredaderas cabizaltas –
se vuelve, en la quietud, numen divino
que avisora el destino;
por eso yo quisiera,
cabe el solivio de la mente,
hacerte un palenque

y apostarle, por ti al gallo giro
que se vuelve suspiro
y que se vuelve corazón transeunte.

Quizá, mi pensamiento, alpino,
cansado de escalar montañas,
erosione socavones y abras
de tus minas nostálgicas.

III Tus lunes de barata,
 sabandija de resbaladiza manta,
 estridulante,
 con la sonora multitud de grillos
 en la marimba de rugosa lluvia,
 está atónita fingiendo el escondrijo
 reptiles huidizos,
 soltando el solimán de espuma y algas
 en el vórtice de oro de una lorca;
 mas, los ayes que pesan a tu suerte
 en líquenes hará que se desboquen
 y ven pañuelos de siglos se te increpen.
 En cambio, la niñez te siembra
 sus besos, con semillas de sandía,
 como el aguafresquero
 que sembró como pájaro agorero
 en la garganta, tamarindo y chía.

129

IV Allí estoy, recargado al viejo muro
 del recuerdo-diván en cobertizo
 que a puñados se viene sobre el atrio
 de tus templos ha siglos patinados
 e irisados a vuelos de libélulas
 con aluvi3n de luces y de sombra,

donde al Ecce Horno de las profecías
yo le canté un Tedéum por la Patria.

¡El recuerdo es sonora campanada
en el campo desierto de la vida!

El aquilón cirquero y astronauta
juega con las esquivas fruslerías
los globos de hule y el silbato
junto al marquesote y la "alegría"
el fullero "volado" del merengue.

130

Luego el melón, que entrega la pepita
a la horchata enlunada y exquisita,
y el cocado alfajor
y el piloncillo abuelo,
familiar, derramándose al buñuelo.

Las cataratas de macizo verde
de los troenos, sacuden el jardín
y en formal academia de bel canto
los pájaros modulan su stacatto
mientras danza a Pavlova el colibrí.

Los turísticos goznes incentivos
y movedizos rostros, te saturan,
sin entender ojeras,
ni ademanes de pámpanos nativos,
cuando a tu fábula se acercan
sin profetas, desiertos ni espejismos;
y al verlos que en redor se te circundan
apretujando tu cintura abuela
como a la vela insectos atraídos

me siento tan espuma en tus ribazos,
tan palabra en la tónica vidente
que me acerco a la incógnita profética
de alguna margarita...
¿Me quiere?¿No me quiere?

El rogo secular de la osadía
que prendió de luciérnagas mi vino
horadó las geométricas esencias
del ángulo de sombras del hastío;
y en el jardín silente
donde acaso, un farol olvidadizo
quiebra su luz–cristal en las baldosas
que saben a suspiros y a rumores
de juveniles cuitas amorosas,
musité a sueños de oro y de recuerdos
mis ansias reincidentes
como aves que quiebran sus alones
contra el viento en ventanas de la mente.

131

Luego, el fisgar a gozne y a hurtadillas
a la mozuela de albas muselinas,
con recatada palidez de velo
y el sonrojo, prendido en las mejillas;
a las muchachas con olor de cera
cuando pululan su domingo a misa
y deambulan su candor de ojera,
sus elotes de risa,
sus recatos ariscos
al salir, como estrellas prematuras,
del barroco nidal de San Francisco.

¡Es poco cielo para tanta gloria!
¡Es poco tronco para tanta rama
que resista en su tallo tal grandeza,
con los lucero-pájaros asidos
e incrustados de luz sobre su testa!
Es poca pauta a brevedad del trino
en la tónica suave,
puesto que rompe su aletear de brisa
que a punto se halla de romper su lágrima.

132

¡Se siente uno tan espuma, tan hiedra,
tan suspiro, tan tierra!

ACTO II

I

¡Pachuca!
Otra vez vengo a ti
con mis cantos, a voces carcomidos,
como tus sonajeras abras
socavadas a gritos y silbidos.
Vengo a ti, porque te amo,
porque tu sien se empenachó de mis hijos
proyectados en la piel de la esperanza.
Traigo hecha Cruz en las retinas
la paloma de tu torre cuatrifásica
y el viernes santo de su faz de beata.

Siento como si hubiesen borrado de la tierra
mis pisadas, y sin embargo
siento que vengo de una huella sorda
donde empezó el rumor de los orígenes;
traigo el hartazgo de la sal
que ha llegado a lágrima,
y en los ojos, el asombro turbio
pues creyeron de lodo mis retinas.

Sólo Dios, que en la vereda de los ojos
hizo grande el silencio
sabe que traigo el canto auténtico
a cambio de los besos
de todos los placeres.

II ¡Pachuca!
Nuevamente vengo a ti de rescatar quimeras
de anquilosar remedos de nostalgias,
de desprender de eso que llaman cielo 133
llamaradas,
de lo que llaman urbe
tentaciones descalzas,
de anidar en las horas de los siglos
las pausas del minuto.

Yo te he llevado dormida
en la piel de la garganta.
Se lo ha comido todo la vorágine
del tiempo y la distancia;
se ha hinchado el párpado
de amortajar sus lágrimas.

Te he llevado dormida y he probado tu boca
con el sabor de esencia, corazón y roca,
y te he sentido mía, tan mía,
que en las pupilas te me vuelves lágrima.

Tu torre edita su edición primera
de renovadas páginas,
finge el azoro en oblación al viento
y con el viento en oblación al paria,
y suavemente y conmovida

se nos sube vidente por la savia
que día a día, como pan bendito
nos anuncia sus dádivas.
Símbolo y síntesis de los afectos
de este pueblo de manta,
desde el ardiente sol de la huasteca
hasta el agreste de los Llanos de Apan,
de la ubérrima sierra huapanguera
al paupérrimo "Valle de la Muerte";
el emporio y la seda se conjugan
con el jubón raído y el ayate.

III Hoy me entretuve en carcomer distancias.
Emigrante, sé de aves golondrinas
que miden las aceras provincianas
y al estrellarse en las baldosas niñas
rompen el gozne de sus tenues alas.

Me entretuve mirando las estrellas
de mi raza callada,
que deambulan sombrías y expiatorias
como un eterno carnaval de máscaras.

Mas fue una digresión, suspenso,
que en el camino, artero, me distrajo,
¡Era tanto el dolor de los abajo!
¡Eran tantas sus lágrimas!

ACTO III ¡Pachuca!
I Aún cuando yo sé de qué llantos vine al mundo
me trajeron tus alas
y al desflorar tu carne virginal
mi llorada presencia
sé que violó mi angustia tus entrañas.

Al desgarrar mi carne tus sonrojos
hubo gritos de luz en las tinieblas.

Hoy te siento quebrada en esa angustia
de bíceps sollozantes
cuando tu vena aurífera presiente
el vaho trepidante
de tu colmena al son del malacate,
y tu reposo es gloria inadvertida
de estáticos atlantes,
como tu historia, carcomida a besos
es águila emigrante
ante el azoro de tu fantasía de esfinge.

135

La anchurosa soledad de adioses
–nostalgia en desierto –
es como el ancho caminar de espaldas
para volver al punto de partida.

II

¡Pachuca!
Pubescente y nostálgica;
todo ha quedado en quimera
violada de horizonte.
En tomo a ti
se erosionan los hastíos versátiles
y a distancia te absorben
desde el rizoma cáustico del orbe.

Mi espíritu y mi nervio, cual si fueses beleño
te plantarán en el zócalo del mundo.

Los gritos de tu torre testaferra
clavan en la pared de mi destino
su ¡ay! de campanada.

Como vaho de reptil mohoso
tus horas se me increpan y algazaran.
¿Cómo poder llegar a ti, si ya me pesan
los avíos de luz en las espaldas?
¿Si mi alforja de cúspide y quimera
está cargada de piedras y de brasa?

136

Mas sin embargo, porque sé tu yodo
pongo en juego mi canto destrenzado.
Tu torre es mi torre,
mi silencio mi canto,
y en su fuga pueril, mas meditada,
deja en torno de ti su sal de estatua.

¡Pachuca!
Paradójica voz que nunca sabe
si muere o crece,
y si la hiedra de su sombra
para adherirse al muro se hace vértice.

Tus tardes lasas en que el sol sugiere
vómitos destetados y hemorrágicos
en la hora de crisis menopáusica,
va cerrando sus ojos al paisaje...

¡Qué hermoso cuadro; el ave
va plegando sus alas al silencio!

Me he sentado a pensar en tanta gloria
frente al sol ya decrepito,
me he sentado a pensar en tanta rama
donde posar el dorso paralelo
de plumones geométricos.

Insensatos los que huyen de la flor
sin conocer su aroma,
los que huyen de su olor
sin conocer la tierra,
los que hablan de la luz
sin conocer una estrella,
sin conocer la noria
en donde están ahogados tantos y tantos
luceros de quimeras y congojas.

137

EPÍLOGO

¡Acaso, en el mundo, haya un rincón
donde poder soñar!

¡Se vive tanto
humedad de la risa;
se eterniza
humedad de los siglos!

Acaso haya un rincón en la provincia
donde soñar a puntos suspensivos...!
¡Donde la vida se detiene a tramos!

El ave de la tarde
cae sin alas
bajo el holocausto
del sol, en las montañas,
mientras grita en las sombras de la urbe
la ubre de la loba trágica.

Y ¿el amor?
Amor dicen los siglos a la orilla del foso
donde se cava el germen
de la tumba profética;
amor: sensiblería apta
para escudriñar lo eterno,
ventana donde penetra la sombra
si invierno
y el sol si verano...
sugestivas esencias
de Cristos muertos en la mano,
y sin embargo... ¡Vida!
¡Vida cabalgando en la brida
de la ausencia remota al declive tardía!

¡Y en la huella transeunte de mi paso
mis silencios cubriéronse de gloria!

Desnudos los átomos
sólo la voz profunda y saturada
de la urna provincial.
Intuído de pájaros
apoyo mis sollozos
quebrados de horizonte
en la resaca histórica del mar.

Con tu gritón a feria y a guitarra
te pusiste a pregonar tu hartazgo
por todas partes, por el ancha vía
como el escarabajo del tranvía.
Bajo el manteado de tu fiesta
el azoro infantil pleno se vuelca
en los maicitos de la lotería.

¡Pachuca! Justificación
de la ojera turística. Se desmorona
tu reloj de cera.
Por ahí anda el patrono de tu feria
urgando pasos,
erosionando paisaje y fruslerías
de tus ajicamados ángulos.

Muy adentro me grita
la voz encinta
que quiere abrir la urna ubérrima
y echarse a volar
dejando violados los caminos
de la inmortalidad
para escudriñar lo eterno
en la espuma y la sal.

139

Yo, fui en ti, un pescador de estrellas
que en el charco pululan
a la hora de llorar..
En tus charcos-ojeras yo sembré luceros,
¡Pachuca mía!, y en síntesis sinóptica
quiero gritar mi vena de granito
y decirte al oído, muy quedito:
tú eres en cada esquina de mi ideario
cuenca verbal, pretérita y congénita
en el azoro de tu abecedario
con que se deletrea: ¡PACHUCA!

Geopoética
Hidalguense



PRÓLOGO AL CANTO A PACHUCA³

Intentar la forma sin la idea, fué quizá motivo de la poesía del siglo XVIII; intentar la idea sin la forma es la acusación que se lanza a la poesía modernista del siglo XX. Indudablemente que las dos afirmaciones carecen de valor si se las quiere ver con la frialdad insensible de la “crítica”.

142 Pero ahondado en el significado de la expresión poética refiriéndola a su siglo, se puede afirmar que nuestros poetas persiguen que la idea encuentre su expresión y la forma venga por añadidura. Sin embargo los poetas modernos caen en la tentación de comprobar que son capaces de sujetarse a la “dorada cárcel de catorce rejas” y aprisionar en sus sonoras paredes su concepción sobre la belleza.

En Genaro Guzmán Mayer ocurre ésto. Cautivado por el soneto-suprema tentación de disciplina rítmica- ostenta su atrevimiento subjetivo en la consonante de sello inconfundible y personalista; se desmaña en la metáfora, zigzaguea en el giro: para expresar su pensamiento sobre lo nuestro. Genaro jamás se ha fijado una ruta; porque piensa que trazar surcos en el futuro es oficio de los gañanes de la pluma. En la bohemia libertaria que lo lanza desenfrenadamente por los cauces de su sensibilidad, no se impone tareas: desprecia conscientemente toda regla y su escuadra es su propio impulso-brújula sin norte, timón sin proa. Gusta de hundirse en la mente del pueblo y peregrinar por las circunvoluciones del cerebro popular tratando de hallar la tragedia del segundo que después manifiesta en el dolor del vértice y la singularidad del plano.

3 Incluido en "Geopoética Hidalguense", Pachuca 1955.

Así ha podido cantar a su Estado. Y del solar generador de su existencia; de su ciudad de “niebla y de neurosis”, ha recogido las “mil metamorfosis” de su “clima y su suelo de chiluca”.

Nadie hasta hoy había recortado poéticamente el perfil de una ciudad hidalguense con la sutileza de Guzmán Mayer; nadie había logrado enfocar con tanta habilidad reflectores de perspectivas, buscando “aluzar” la rendija por donde asoma el espíritu popular.

Al principiar el poema, parece que nos va a llevar el poeta a una ciudad oriental:

143

“Cerró la noche el puño ensortijado
Oprimiendo el joyel de los luceros. . .”

Se creería que estamos leyendo, uno de esos poemas de Rubén Darío y que de pronto va a aparecer Puck, el gnomo de los palacios subterráneos donde se labran los brillantes y donde las ninfas, raptadas al huír, tiñen con sangre los rubíes; pero, no; aquí el tema principal es el minero -gnomo subterráneo también, pero gnomo humano, actor de la Tragedia de la Mina- y la ciudad aparece solamente como un marco que el propio minero ha labrado y al cual ha dado personalidad con su presencia.

Una rebeldía proletaria surge en el primer terceto del canto, sin alarde demagógico, sencillamente:

“¡Caravana sin oasis ni futuro!
Van escribiendo el nombre con pan duro
en la sabana gris de la mañana. . .”

EX LIBRIS

y, nuevamente, el marco del solar querido, el espíritu de una ciudad que se envuelve “en la noche alburera y provinciana”. Ciudad de población emigrante e inmigrante-salida y retorno de carne dolida y explotada en su miseria – que sigue, como a un destino fatal, el socavón de la mina:

“... y descalza te vas de donde moras
a poner tu nidal a Real del Monte. . . ”

¹⁴⁴ Y por último, el homenaje de un poeta -deseo inmanente de identificarse con el dolor o la alegría de lo que inspira la canción- :

“Quiero estar todo en tí, en tu pecado,
tu verdad, tu futuro, tu pasado. . . ”

y el supremo deseo -profesión de fe- de ser fiel al solar, de permanecer:

“ y clavado de piernas en tu suelo...”

de ser existir para la ciudad –su ciudad–; de saber que es la suprema enamorada a quien todo se entrega y de quien todo se espera; ofrendarla en el verso supremo y final, el deseo de gozar en ella, con ella y para ella, la última alegría del gozo popular:

“y en tus noches de fiesta a subasta
poner a mi corazón a toda asta
agitando mis linos de pañuelo”.

RAFAEL CRAVIOTO MUÑOZ

Canto a Pachuca

I

Cerró la noche el puño ensortijado
oprimiendo el joyel de los luceros;
cual luciérnagas locas, los mineros
van por el callejón encrucijado.

Su perfil en el halo recortado
se dibuja con rasgos barreteros;
son fantasmas de luz, en los senderos
y en el rincón de sombra del pasado.

¡Caravana sin oasis ni futuro!
Van escribiendo el nombre con pan duro
en la sábana gris de la mañana,

luego, mojan la faz del aire puro
con el agua aromante de carburo
en la noche alburera y provinciana.

II

¡Oh, tierra de provincia! ¡Mi Pachuca!
con bostezos de niebla y de neurosis,
Pachuca de las mil metamorfosis
en su clima y su suelo de chiluca.

El aire que se mete hasta la nuca
se brinda al cuerpo en alterada dosis,
y en el barrio –eslabón de silicosis –
alegría, sinfonolas y boruca.

Un zig–zag de luciérnagas en asa,
en la ropa y la cara, barro y grasa
como único vestigio del cañón,

146

y en la noche sutil de fina gasa
el papelero amarillista pasa
voceando triste la "Renovación".

III

A ti Pachuca, a ti, que en su tramonte
la noche te despide con doloras
y el reloj, cantarino de las horas,
con pañuelos de bronce y horizonte.

Y te envuelve con brisas Aqueronte
cuando en la noche tu bajel ancoras
y descalza te vas de donde moras
a poner tu nidal a Real del Monte.

Transmigrantes de luz son los mineros
en tu suelo comido en agujeros
y tus crenchas en haz, de norte a sur;

y emergen de la tierra, cual luceros
de la sombra, y allá por los senderos
brota franco y cordial el calambur.

IV Y allá, desde el camino, enredadera
 sutil te ciñe la cintura abuela
 y tu falda de luz y lentejuela
 luces con un listón de carretera.

 Febe suelta su crin cascabelera
 y en la noche musita tu vihuela
 entre las horas del reloj que vuela,
 de brisa y aire, sinfonía sincera.

 Y vamos por las calles, dando saltos
 por las zanjas, hacia los barrios altos
 a buscar un refugio en el calor

147

 y entre el delirio de la fina gasa
 el son sonoro de la voz que pasa
 gritando la extra de: "El Observador".

V ¡Oh, Pachuca! De vientre de cubil,
 carcomido en rumores de sonaja
 y tu garganta donde al sube y baja
 juega el minero, alegre y juvenil.

 En tu noche niñera, al toronjil
 juegas ya sin albur y sin baraja
 con tus mujeres, ¡ay! de andar de maja
 y vaivén de palmera en el cuadril.

 ¡A ti! Mi voz de selva a toda orquesta
 canta hossana feliz en tu floresta
 y tus cerros color de ajonjolí;

a tus mujeres que en sopor de siesta
parecen con sus gasas, en la fiesta,
alas de maromero colibrí.

VI Quiero estar todo en ti, aprisionado,
cual gaviota en su piélago distante
al pie de "San Cristóbal", vigilante,
envuelto en la cobija del pasado.

148

—La luna, su camisa ha almidonado
y al subirle a zancadas, anhelante,
la navaja del viento rasgó el ante
de la carne de barro prolongado —.

La Patria rubricó en su estatuto
la forma de tu suelo de cajete
y te dió por égida un Instituto,

en tus minas: el tallo, flor y fruto
y el canto provinciano, sin falsete,
en esas noches de color de luto.

VII ¡Pachuca! Símbolo y síntesis, meta
del aplanado giro de mi viaje.
¡Cuántos péndolos dieron su viraje
en mi reloj marino de poeta!

Mi posición verdad, la de un esteta,
y minero también, que en el "rebaje"
lo mismo que el "chiflón", sólo te traje
mi corazón en símbolo de veta.

Cobíjame en tu seno, sin desmayo;
que tu tierra me absorba y por mi tallo
suba mi sangre al sol como saeta,

y al romperse, en fulgores de obsidiana
derrame en tu minera palangana
mi corazón en calidad de veta.

VII

Quiero entrar en tu alma con sordina,
como si fuese a un templo, de puntillas,
con el dedo en los labios, a hurtadillas
musitando en silencio mi doctrina...

149

...a las puertas del templo que es la mina,
sin poner en el suelo las rodillas:
y absortas las retinas amarillas
hacia un trazo de luz de serpentina.

Quiero estar todo en ti, en tu pecado,
tu verdad, tu futuro, tu pasado
y clavado de piernas en tu suelo,

y en tus noches de fiestas a subasta
poner mi corazón a toda asta
agitando mis linos de pañuelo.

El Chico

150

De su solapa, en el ojal colgado,
puso la nube su botón de gasa;
sobre las copas sus olanes pasa
como cendal de perlas recamado.

“El cuervo”, dando un vuelo escalonado,
su cautiverio montañés rebasa
y encuentra en su ambular, en cada casa,
el eco de un suspiro arrodillado.

El sol, que edita su primer aviso,
irrumpe suavemente al "paraíso"
que duerme su letargo vegetal;

el pensamiento, al par, ya sin abejaorros
desde su hamaca–inspiración, sin ojos,
deja rodar su bola de cristal.

Real del Monte

151

EL cristal mañanero, de horizonte,
ante mi vista se quebró un instante;
mi pensamiento, en forma de diamante
–filo en el aire –recortó el desmonte.

La brisa bellotera, en Real del Monte
mojó los labios de mi Rocinante
y tuve las primicias del Andante
con una Dulcinea en el tramonte

Ahí el verbo de Siles. Sin delitos,
se tachona la cauda de "los Britos"
con el pañuelo hinchado de la noche;

"el Zumate" oyó el eco de su llanto
y le mandó a llorar a "Calicanto"
y a tender su pañuelo en "el Hiloche".

Omitlán

152

OMITLÁN pintoresco, de alma esteta
que vistes tus perfiles domingueros
con trajes de oro-verde, manzaneros.
–son tus mejores ropas de etiqueta –

Hoy, sacristán, hurté de tu gaveta
el tesoro de todos tus aleros
y me traje en los ojos pajareros
todo el valor de imaginaria veta.

Puso un listón en gris la carretera
en torno a tu cintura manzanera
que de gramíneas la parcela hinchó,

Y en la visual que la distancia expande,
por Velasco, por Regla, por "el Grande"
la carretera, en hebras, se enredó.

Atotonilco El Grande

153

FLOR de manzano y de peral las mozas
requiebran su sonrisa en los portales
y avalorios y mantas y percales
musitan su almidón en las baldosas.

Al oído se cuentan muchas cosas,
la miel de sus sonrisas en panales;
mientras lloran en los tejocotales
su llanto de carmín las mariposas.

Flor en cosmético de rojo arcilla.
marinero en azules de mezclilla
y remero en el mar de luna y miel.

La carretera en gris, se hunde en los finos
de tu Parroquia de Agustinos
Donde abrevó su númen Peñafiel.

Metztitlán

154

GRANDIOSA Meztitlán ¡Oh, diosa luna!
en ti su nombre con orgullo ostenta
mientras rueda su círculo de menta
sobre el claro cristal de la laguna.

Eres de tradición como ninguna;
en tu heredad el poderío se asienta
y vendrás con tus pies de Cenicienta
a éste Príncipe-Hidalgo dar fortuna.

A tu sede esta noche me reintegro,
no cual se va ligero de la vista
el azogue del campo vendí-negro.

Cuando el lago, ¡Oh, meztli! Tú te entregas
el pelo ensortijado que te alista
ata suspiros tus bollantes Vegas.

Zacualtipán

155

ZACUALTIPÁN ¡La Perla de la Sierra!
en donde el sol y el dril se te conjugan,
doncella de pezones que se fugan
en el añil de manzanera tierra.

Mejilla de mujer que se te encierra
cuando en rojo los surcos se corrugan
y en el pañuelo, lágrimas se enjugan
cuando la noche su collar destierra.

Y en la "Casa de Piedra", soberana
junto al odre de vinos de manzana
se desfallece ante la luna-perla;

y cuando hace de estrellas un derroche
se entreabre la concha de la noche
y se asoma la luna para verla.

Tulancingo

156

¡Tulancingo! Bajo el artesanado
de tu cielo fabril, vives tu día;
tu Catedral, vestigio es todavía
de la Tercera Orden. ¡Tu mercado!

Población predilecta del Estado
eres por tu boyante economía.
En tus telas como en tu alfarería
llevas la bendición junto al pecado.

En ti depositaron la semilla
los toltecas, y así fuiste la silla
donde sentaron su nobleza real.

En el eterno cuadrilongo, Omega
guarda las huellas de Aniceto Ortega
y de Fernando Soto, por igual.

II

¡Tulancingo de Bravo! Ya la cresta
del cerro colorado, en acuarela
pinta el paisaje que en tus noches vela
echado cual mastín en "La Floresta".

Las aves, en los tiestos, con su orquesta
amenizan alegre cantinela;
plácidas, en las tardes de canela
que se enjoyan de ti. ¡Estás de fiesta!

¡Tulancingo gentil! Donde el zenzontle
trina al bermejo cerro de tezontle.
¡Toca a rebato Catedral su bronce!

Allí están impertérritos, en tu era,
don Justino Fernández, y Mancera,
y Rodríguez y Coss, y don Luis Ponce.

157

III En tu feria, las flores despetala
la neblina de gris que se reclina
mientras borda su estambre la fuzcina
en el tapete de fugaz bengala.

Y se postra fabril en la antesala
donde ha sembrado orquídeas la neblina;
ese búcaro cubre la retina
con la cadencia que el recuerdo hala.

La campana mayor hunde el badajo
en su vientre de bronce, escarabajo
que socava del viento sus bengalas.

Tus mujeres, –textiles amapolas–
por romper de la noche sus corolas
han puesto en cada seno un para de alas.

Apan

158

- I No es mi canto a la sangre que en tus venas
con efluvios de néctar embelesa,
ni mi elogio al licor, de la tristeza
creyóse el indio mitigar apenas.
- Canto a esa tierra de las cosas buenas
donde vuelca Amaltea su remesa
en cornucopia verde de promesa
con el impacto de las púas–antenas.
- Girón en donde un claro sol esplendes,
el sol que cobijó a Lauro L. Méndez
en el ara de la Revolución.
- Canto a tus lares y mi voz no arredro
pues cuando miro a "Chulco" y a "San Pedro"
dejo a sus plantas toda mi emoción.
- II Anfora de suspiros contenidos
en el morbo de noches de verbena,
cuando luce la comba, su morena
faz, de luciérnagas sin nidos.

Hoy te traigo mis pasos detenidos
en el compás–minuto. ¡Enhorabuena!
Gritar he, como tú, a la faena
de Heriberto y Ortiz, en los tendidos.

Te cuelgo mis nidales, de oropéndolas,
en el árbol llorón de ramas péndolas
que se deslíe en sombras de betún.

Postinero balcón en donde "Chulco"
ve por las noches, entre Tepeapulco
nacer los astros de Ciudad Sahagún.

159

III Apan mielera de preclara ley
que en las tardes te sientes dormilona
con el sopor, que taja la tizona
del aire, con rumores de maguey.

La gentileza, de admirable grey
que cobijas, amable te corona.
Tú peinas bale, pero cual Madona
que ha robado a los peines el carey.

El ocaso se incendia como yesca
y dentro "La Asunción" churrigueresca
hay filigranas de oro y de copal,

y como efluvio grácil del pasado
llega al oído el "son" del "alabado"
con sabor plañidero a tinacal.

IV

Apan augusta, en donde mis mayores
sus alas tenues en un vuelo unieron,
en donde las tinieblas sucumbieron
al paso señorial de los fulgores.

Allí tus llanos, tumba de dolores,
en la carne los látigos hirieron,
donde los surcos, con dolor nos dieron
llagas en mies, con lampos de colores.

160

Y más allá, con resonar de olla
la cúpula del templo de Almoloya
pone en sus alas ritmos de pincel.

La luna suelta su capuz de fraile
mientras está la sociedad de baile
con hartazgos de seda y aguamiel.

Canto a Itzmiquilpan

161

I El cielo tiende su telar de araña
 sobre la red que en la ciudad cintila.
 Esbelto en su columna, audaz vigila
 el buen don Diego de Alarcón y Ocaña.

 El arácnido cielo, con tal maña
 está en el mezquital, hila que hila,
 que a la sombra le roba su pupila
 y le cuelga un lucero en la pestaña.

 En el tejido de nocturnas mallas
 y ante las aves que en la noche enfermen
 se condecora el cielo con medallas,

 y se llena el balcón con todo el germen
 de la música, puesta en las rondallas
 para las mozas, que en el lecho duermen.

II Con sus filosas hojas apuñala
 el sol, las aves de amarilla tinta,
 donde el pintor-ocaso, en ellas pinta
 un prisma de color en cada ala.

En el naufragio de la luz exhala
la noche austera, pirotecnia extinta,
y el cielo se prepara, como "encinta"
para el parto de luces de bengala.

Hay inquietudes en el día—renuevo
y el rojo se refleja en la laguna
con abalorios, en la faz de Febo;

162

la noche recogió entre sus enaguas
los cocuyos regados por la luna
que el día anterior depositó en las aguas.

III El campo triste se quedó llorando
cuando puso sus plantas de canela
la tarde—ocaso, ante la noche en vela,
que pasó su fulgor de contrabando.

Hoy se fue a refugiar al "otro bando",
efímera, letal y con cautela;
murió sin funerales, sin esquela,
los pechos insondables estrujando.

Pero revivirá cada mañana
y del Señor de Jalpan, la pupila
besaré con sus labios de obsidiana;

como puñal, el cohete la sabana
rasgará de la noche, en la tranquila
fiesta de provincia itzmiquilpana.

IV ¡Oh, la tierra ancestral, de mis mayores,
 clavada como oasis en el Valle
 del Mezquital, con ritmos en el Maye
 y en su raza callada hondos rumores!

Cantaré, sin engolo, a tus valores
cuando de gozo el corazón estalle
y saldré con mis ansias a la calle
gritando entre papeles de colores.

Iré por ese río milenario,
—carne de emigración— sin que se alarmen
sus ondas, yo me llegaré al Santuario;

deshojaré las hojas de mi ideario
en el cristal silente, y hacia el Carmen
llevaré el ideal de mi incensario.

V ¡Oh, Itzmiquilpan! De muy claros aciertos;
 bendito, sí, como el bendito pan
 y bendito tu río, en donde van
 los espejos de mis pasados muertos.

Benefactores de tu suelo, ciertos
como que en ti palpitan y en ti están.
¡Herlindo Ramos y el Doctor Guzmán
han dejado dos cálices abiertos!

—Doctor Guzmán, abuelo, estás ahí,
tú que bien maneja el instrumento
de la batuta como el bistorí—

quien te recuerde te dará su aliento
y alzaré en tu memoria un monumento
ante el páramo gris del otomí.

VI ¡En gloria está tu lira itzmiquilpana
y tiene cual fulgor su propio brillo!
Jesús Corona, Domínguez y Badillo
figuran para ti en primera plana.

164

Paréntesis de tu hora cotidiana
lo marca el otomí junto al ovillo
donde tuerce, callado y amarillo
el ixtle de tu casta soberana.

Quizá su "rueca" al corazón le avisa
su perdida esperanza, porque torna
con muecas de dolor, llanto por risa;

cuando hilvana su red, –mísero ayate–
ante el déspota, cruel, que lo soborna,
tiene una imprecación su "malacate".

VII Oh, ciudad antañosa, vocinglera
cuando expendes tus frutos campesinos.
En tu templo mayor, los Agustinos
pusieron toda su alma misionera.

En tu Flora y tu Fauna pajarera
se encajan los cristales peregrinos
del río que trae polvos de caminos
y rumores de muslo y de cadera.

El mal hombre la miseria trajo,
pero a fuerza de ritmo en el trabajo
logrará emancipar su rebelión;

tu serás, Itzmiquilpan, quien delate
en el cobijamiento del ayate
el anhelo de reivindicación.

VII

De rodillas estoy, aquí me tienes
admirando tu estirpe soberana;
el hálito de tu alma itzmiquilpana
hará en mi numen, poderosos bienes.

165

De rodillas estoy, aquí me tienes
asido del balcón de tu ventana
para, al través, tal vez mañana
penetrar con laureles en las sienas.

Hoy canta el Valle, canta, el sol esconde
tras de los sauces su mirada, en donde
el río tiende su enagua al carrizal;

el callado otomí llora en el puente
y el río aumenta su caudal afluyente
ante ese paradigma Colonial.

Actopan, ¡Tierra mía!

166

I Se bañaron mis crines de pegaso
 en el desmayo que la tarde finge,
 y ante el agosto dormitar de esfinge
 se plasmaron mis versos al ocaso.

 Se estremeció mi voz al dar el paso
 y con nudos de luz en la laringe,
 ante el agosto dormitar de esfinge
 se clavó en las entrañas del ocaso.

 Sólo un grito apagado –que denuncia la
 cobarde actitud de mi renuncia–
 se oye en la noche, entre la selva umbría

 y rompe la quietud que la restringe
 ante el agosto dormitar de esfinge
 el clamor de mi voz: ¡Oh, Tierra mía!

II Las almenas simulan alas rotas
 del Covento morisco y vigilante,
 y ante el espasmo de ese gran gigante
 medidas por el viento, las gaviotas.

Ellas son las aladas y remotas
reminiscencias de mi yo anhelante
que llegan a dormir en el cuadrante
y a anidar en el vientre de las notas.

Como almuédano, vi a la lejanía
y hacia la alquibla me arrojé de cuajo
y me fui a refugiar a la Abadía,

y entre el llanto de bronce y el badajo
en el viejo Convento se oyó bajo
el clamor de mi voz: ¡Oh, Tierra mía!

167

III Esa voz apagada que te nombra
hasta el mudéjar de tu faz se emite
y se clava sonora, sin que grite,
como el pájaro al vientre de la sombra.

Ese ¡ay! ahogado que al silencio asombra
en mi noche sin ecos, se repite,
v en la ausencia del eco que se emite
una voz apagada que te nombra.

En mi viaje de errante y de marino
llevo en el pecho la quietud de un trino
amarrado a esa impar milagrería

y ni el soplo fugaz y repentino
cambiará los velajes de mi sino
y el clamor de mi voz: ¡Oh, Tierra mía!

IV

Desde un podio lejano, yo presencio
que hecha un haz coruscante, hablando quedo,
la hojarasca musita a Rebolledo
enterrado en la espalda del silencio.

Y ese giro de luz que reverencio
y que de lejos admirar ya puedo,
envuelta en humo se elevó en un Credo
hacia el páramo azul que residencio.

168

Se encajan al cerebro y a la frente
los filosos espejos de la Fuente
de Fray Francisco, cual Ave María,

y la noche ha sembrando sus luceros
como ñoña, que ha oído en los senderos
el clamor de mi voz: ¡Oh, Tierra mía!

Tula

169

¡Oh Tula secular! Como un enjambre
trabaja el colmenar tu gran tesoro.
En ti no tiene la razón el lloro.
Nidal de tradición; bola de estambre.

Ayer, emporio señorial, raigambre
de una raza potente y con decoro
a quien no pudo sobornar el oro
y a quien no pudo saborear el hambre.

En tus noches azules y de estío
Llanto de niños precipita el río
Que rueda sus cocuyos de cristal.

Y ante ese plenilunio, se me antoja
Una legión de espectros, cuando arroja
Sus oscuras siluetas al nopal.

Campanas a rebato por la Feria de mi pueblo

170

La Feria

¡Todo es sueño en color! Expande el cohete
su rauda azul en rica pedrería;
mientras el "gallo" y la febril orgía
satura las gargantas de falsete.

El mariachi folklórico se mete
hasta el rincón de la melancolía;
y se devanan luces de ardentía
brasa en bengalas que placer promete.

Y surcan por doquier luces y truenos,
y en serenata, –a párpados morenos–
transitan las muchachas en redor;

gasas de pirotecnia que parecen
alas de mariposa que se mecen
junto a la Patria reventada en flor.

La Lotería

Despertando triviales apetitos
al logro de la suerte; nos hacía
musitar en silencio: ¡Lotería!
la enigmática tabla y los maicitos.

Folklórico pregón, dones y mitos
y el interés en la cristalería;
todo en redor de nuestra fantasía
vaciada en nuestros vasos exquisitos.

171

"El borracho", "Las jaras", la oportuna
presencia inopinada de la luna
hacen del grito plácido pregón;

y se penetra desollando y hiere
cual si el solsticio ante el pregón, hubiere
de hacer la lotería con "corazón".

El Palenque

¡Silenciooo Señores! Y la voz relaja
en frenético ambiente halla acomodo.
¿No la ambición se proyectó en el lodo
y abierta al espolón hiere y ultraja?

El suspiro se ciñe, porque ataja
al grito fanfarrón que sabe a modo
del rival que agoniza en el recodo
del indómito "giro" a la navaja.

¡Y es un choque febril! Daga aleatoria
que en la víscera rompe la alectoria
bajo el párpado, a manta, que nos cubre.

La fiesta es promisor, mexicana,
y frenética se hunde en la mañana
rasgándole la entraña al mes de octubre.

La Rueda

172

Cascada de luciérnagas si arriba,
nostálgicos anélidos si abajo;
la niñez, cual vorágine, de cuajo
en abismos de luz, se hunde incentiva.

Yo, en los senderos subconscientes iba
modulando paisajes, desparpajo
de mi desordenando caminar que traje
frente del horizonte, perspectiva.

Y subía esa luz que iba conmigo
y el horizonte azul era testigo
acaso, de mi anhelo al abordaje;

pues si la vida, al abordar, me asía
al ansia de vivir, la mi osadía
fermentaba los goznes de mi viaje.

El Volantín

Carrousel de fantástica maraña
para el ansia del niño pajarero;
para los ricos: morbo postinero,
para los pobres: emoción extraña.

Cerrazón de nostalgias y artimaña
para el que va angustiado en el sendero;
es la vida que se ase del lucero
ya en el último aliento de su hazaña.

Acaso en su viajar nunca quisiera
terminar de gozar la primavera
porque es, a la sazón, viaje sin fin...

—Un suspiro se escapa de aquel niño
pobre, que nunca tuvo más cariño
que empujar la esperanza en volatín—.

173

La Carpa

¿Impúdico eslabón del mal que imanta
en el cerebro? Es ingenua impudicia
del hombre navegando en la malicia
porque es de carne su bajel que canta.

El pueblo—niño se vistió de manta
y en improperio sádico halla delicia:
es que es humana su ansiedad, se inicia
en el resquicio a Magdalena santa.

Y clama y grita, pues de Feria ahito
está con el placer, —plegaria o grito—
ya que esa es la razón de su extravismo;

acaso es su razón, justo sendero
que al pueblo, en su tristeza, cual lucero
redime con su luz sobre el abismo.

El Castillo

Policromo raudal, –huso y ovillo–.
Su vómito de fuego al cielo lanza;
–lleva una luz postrada: la esperanza
en el suspiro hinchado del chiquillo–.

Rasga la entraña del cenit; cuchillo
con el filo del ansia, a semejanza
del pueblo que se izó, como venganza
al decrepito tiempo del caudillo.

¡Ya parece que el fuego ha terminado...!
como la vida, y de improviso, el hado
del soplo del destino, arde su tea.

¡Ya parece que todo ha terminado...!
...Y una pequeña chispa me ha quedado
para hacer pirotecnia con la idea.

El Algodón

Santiguando mis siglos, proyección
de la vida que pámpanos predijo,
de un rapto de luna, –afán prolijo
nos llevó, como al niño, la ilusión.

Si la huída es obra y condición
del humano resquicio. ¿Quién lo dijo?
El afán, es la luz en escondrijo
que se ampara en la eterna dimensión.

¿Qué folklórica hazaña, sensitiva,
en el amparo de la nutritiva
vena que de la Feria es un pregón?

–"Algodón para el niño..."– ¡Color rosa
como esperanza vuelta mariposa
en el cáliz de abierto corazón!

La Juguetería

Profético ambular, niño llorón
frente al "stand" de la juguetería.
¡Cómo lloro junto a tu alfarería,
–¡ah, mi niñez!– en brida de cartón!

175

Infantiles anhelos, ambición
de montar esas bridas, –fantasía–
de aqúeste niño que tomó algún día
siglos de impaciencia, el corazón.

¡Ay! Cuántas máscaras, –mueca y pintura–
para ocultar a veces la amargura,
me el cubrieron el rostro no marchito.

Hoy, que declina el sol en lontananza:
¡Cómo se añora y vive una esperanza
montado en el afán de un caballito!

Los Aros

Una botella acaso, unos cigarros,
mi mente, acaso, acaudillar quería;
eran tan torpes mis arreos, que hacía
escaramuzas, vanos despilfarros.

Y yo me permitía lances a barros
en el afán de mi melancolía;
de la mano se me iban, porque el día,
si acaso esplende luz, nunca en guijarros.

Ya pronto, al tramontar, –porque la vida
cierra su feria en diástole de huída–
pude ensartar una botella en vino;

176

temblorosa emoción; sentí por ella
que en mi loco anhelar había una estrella
que decía a mis angustias: ¡Tu destino!

El Tiro al Blanco

De cazador de patos de hojalata,
–a donde iba a ensayar mi puntería–
el tiempo, sin piedad, se diluía
cual polvo de oro en un tazón de plata.

Nunca pensamos que la vida ingrata
en rápido bajel se nos iría;
es una carta abierta; se extravía
sin escribir la última posdata.

En ese tiro "sport" a los patitos,
cerebro y corazón quedan contritos
cuando se va fugaz la poca suerte;

así la vida, –en el rincón callado
donde la sombra crece– se ha nublado.
¡Siempre anteceden nubes a la muerte!

La Dulcería

Alfajor de Colima; y de la tuna
de San Luis, almibarados quesos;
los dátiles exóticos, y de esos
ates que nos prodiga la fortuna.

La cari-palanqueta de la luna
que nos cautiva el corazón a besos,
en turrón relamido, con excesos
al ansia de probar fulge oportuna.

177

Fruta prohibida cual el dulce, acaso
no nos prodiga en la aridez de ocaso
la dulce sensación. Al fin es fruta.

En la aridez de la tortuosa arena
su cáscara de tiempo siempre es buena
mas, la pulpa es amarga si se escruta.

Los Enanitos Bufos

Imagen del humor y de la risa;
la ingenuidad despierta hondos deseos
de ser niño otra vez, sin más arreos
que eternizar lo que la fe eterniza.

Y se nos va la vida tan de prisa
que me conmueven esos parloteos;
eternos, sin razón, sus zapateos
obedecen a un cuerpo de ceniza.

¡La risa que se lanza en catapulta
suele estar desollada e insepulta
como el río que lame la maleza!

A alguno, lastimado en carne viva
no le queda mayor alternativa
que enterrar con fantoches la tristeza.

Los Antojetos

178

Hoy que la vida se nos va en pedazos,
quisiera saborear flor y capullo;
y en el panal de abejas y el murmullo
saborear las "chalupas" y "pambazos".

Quisiera ante el azoro, a breves trazos,
entre la pirotecnia y el barullo
y el rumor de los besos, como arroyo
en senos de mujer, abrir los brazos.

Libar hasta las heces el buen vino
que de Lesbos, quizá, un buen beduino
trajo en su alforja fermentada en flor,

y brindar por la muerte y por la vida,
que no hubo mejor vida florecida
que la que en rosa reventó de amor.

Huasteca

179

La tarde caliente, floja,
ha caído desmayada
sobre los roncros trapiches
con rasgueos de guitarra.

En el cantil se oye el eco
de aquellas voces metálicas
que hienden los limoneros
y caen como guaparras.

Por eso tienden su filo
en cien veredas cortadas.
Cayó la tarde en bostezos
sobre un mullido de sábanas.

Brilló una estrella escondida
en la pupila mojada
de una mujer somnolienta
en una calle serrana
donde un "par de ojitos negros"
vienen aventando miradas
a los alegres huastecos
que cantan en las montañas

y se hunden en los abismos
chupando tajos de caña.

*Sorprendidos, los luceros
huyeron como en parvadas.*

El huasteco es trayectoria
de tradiciones lejanas,
y pasa cantando el son
con rasgueo de guitarras,
el llanto de los violines,
la risa de las jaranas.

180

Del otro lado ha venido
la casta veracruzana;
Tantoyuca y Platón Sánchez
lista de presentes pasa,
y se incendia la huasteca
de élitros y jacarandas;
de huastecos y mozuelas
con ajicamadas faldas
ellos: pulpa de cafetos,
ellas: risa de guanábanas
ellas, la menta en los labios
y la luna en las enaguas;
ellos, su tabaco fresco
en "cacoxtle" de esperanzas.

Con la mente pajarera
dirijo hacia allá mis alas,
cobijará el recuerdo
en sus muselinas pálidas

**"De la Sierra Morena
Vienen bajando
Un par de Ojitos Negros
Cielito Lindo, de contrabando"**

Elpidio Ramírez "El Viejo"

De la Sierra Morena
potros de ilusión montando
viene la casta huasteca
por los caminos amargos
a querer a quien los quiera
con la almendra de los labios.

181

El aire palpita fino
como pájaro en el halo
de la luna que ha hecho nidos
en la hamaca del huapango.

Tiene todavía latentes
los ojos de ella, clavados
en su corazón de hombre
que no resistió el impacto.
Del vaivén de unos cuadriles
tiene huellas en la mano.

El cohete traza su giro
las nubes apuñalando.
Entre sorbos de aguardiente
ya se inicia el respunteado
con el son de la huasteca
y el huapango que es serrano.

Son la Sierra y la Huasteca
corazón mismo de hermanos.
La tierra–madre hidalguense
ambos a dos ha lactado.

Vienen bajando
y pa'que nadie se ofenda
traen ecos de trapiche
con rumores de molienda.

182

¡Así son esos huastecos!

¡Así son los de la sierra!

Lo mismo saben hacer
el amor a una morena
que en el huapango "jalar"
con "El Caimán" y "La Leva".

Se meten en el cristal
claro, de la luna llena
y ofrecen sus muros de hombre
a los muslos de la hiedra;
saben que la vida es fruto,
saben que la muerte: inercia,
porque la hora es minuto,
porque el olvido es ausencia.

Así lo dan a entender
en sus horas de canela,
"dando fe" del "zacahuil"
con su café de panela,
con sus sones, sus huapangos
y el corazón en la diestra.

Los mismo es decir Huejutla,
que Orizatlán o Huehuetla;
lo más importante es que
son hidalgueses de veras.

Un par de ojitos negros
—con los párpados sin lágrimas—
vienen derrochando estrellas
en un joyel de miradas,
como puño de acerinas
en el cielo ensortijadas.

183

Ya vienen bajando, alegres,
al "tianguis" por la mañana
y en la tarde, ante el sopor
llevan la ropa mojada
para en la noche poner
toda su alma anestesiada
en el huapango y el son
al compás de la jarana,
ante el cohete de color
y ante los tragos de caña,
ante los ojitos negros
de una morena serrana
que incita a morder sus labios
en la hora desmayada
en que un ave de cristal
tiene de quebrar sus alas
y en el río irá contando
los espejitos del agua.

¡Oh, serrana! Hace calor,
llevas tus faldas mojadas;

no las tiendas en el sol,
el sol les roba calor,
la luna las pone blancas.

Cielito Lindo, de contrabando
viene musitando el viento;
su filo cortante, tiene
que ver con el cargamento,
y como cristal de luna
se estrella en el pensamiento.

184

¡Filo de carne morena
que cortó en la noche el eco
rodar entre las manos
el tajo de muslos de ébano!

En nada allí intervinieron
y sólo el pudor huasteco;
cuando hay vocerío en la sierra
hay nobleza en el acento.

Pero... ¡ay ! que la sombra viene;
un "Son de Angel" se oye lento:

*¡En los hombros de la noche
llevan un lucero muerto!*

¡Son de Angel! ¡Son de Angel!
cual mi corazón abierto:
—dos listones, amarrados
eternamente, al recuerdo—.

El ave-noche, cansada
levanta profundo vuelo;
el ojo de la mañana
tiende su pupila al viento.

Se va mi alma tranquila
en el eco del recuerdo.
Cerró la noche sus ojos
somniaientos bostezos.

Se retorna ya la gente,
se va con mi pensamiento;
se va la casta huasteca
fiestera por abolengo.

De la noche fandanguera
ha quedado sólo el eco;
quedó atrás la serranía,
el huapango se oye lejos.

Huejutla

186

En tu tahona vegetal, el plan
emerge su sabor de aroma rica;
ha traído su olor a Yahualica
y a Huejutla y también a Orizatlán.

El río que le ahorca, en donde van
rodando los cristales de canica
tiene el eco jovial que identifica
la alegre romería de Jaltocán.

Los alegres pregones huapangueros
desbordan sus encantos domingueros
en hojas de papatla al sacahuil.

y en tanto el son su variedad impreca
las luciérnagas arden la huasteca
y ponen en la torre su candil.

Huehuetla

I Cafetera feraz: rama de ortiga
 en el domo del sol y del mosquito;
 labor de abeja en el tenaz prurito
 del parlanchín perico y de la hormiga.

187

Risa del agua y del manglar abriga
tu maromero manantial ahito
y un "Son de Angel" rememora el rito
con ecos de trapiche, miel y espiga.

Tu río de transparencias, donde hay muchas
constelaciones—plata de las truchas
que acrecientan en pozas su tesoro,

va hacia el ocaso, donde el día mediocre
proyecta sobre el Sol su tierra de ocre
con claridad de mariposas de oro.

II

Trotamonte y jadeante, legua a legua
mi Rocinante en la vereda empina;
una fuga de luz cual serpentina
allá en el horizonte le da tregua.

En el rocín tostado o en lomo a yegua
va el verde jade a lomo de neblina;
amanece de jobo, la cecina
pone en mi deglución barrio tepéhua.

188

La selva reverbera; el framboyán
su fuicina naranja da al "papán"
para el lance de eróticos "espiches".

La trucha al limo de la ría desgarrar
y el viento tenue hasta el jején embarra
de melaza en los raptos de trapiche.

Déni-Ctáhi



Déni–Ctáhi

190

Guisa del prólogo

- I En una pausa de entrega
 se inhibe mi pensamiento;
 al polen, lo arrastra el viento
 la espiga no se doblega.
 En mi soledad navega
 el canto llano, esencial;
 lo comparo al Mezquital
 a quien la heredad consume,
 pero el dolor lo resume
 en estímulo vital.
- II Aludo con frenesí
 a ese Mezquital doliente
 no por demagogia, miente
 quien lo diga y piense así.
 Es tierra en donde nací
 y por eso substituyo
 el gay decir, y lo intuyo
 en flora y fauna e ipso facto
 cuando reciba el impacto
 yo diré: ¡Tierra, soy tuyo!

- III En "El Valle" no hacen falta
 Quetzalcóatl's redentores;
 a los que los sinsabores
 causan mal que sobresalta.
 En la espiga cabizalta
 la dignidad está ilesa
 siga mi raza con esa
 fe en el ajuste obsedente
 y siempre vaya su frente
 coronada de limpieza.
- IV El desajuste social
 ¿por qué no decirlo? ¡Vaya!
 es quien pone una atalaya
 a la evolución normal.
 Hoy quiero, mi proverbial
 canto llano, dedicar
 a ese Valle, y exaltar
 su fauna y su flora mustias
 que he, cabe las angustias,
 de desmaterializar.
- V Así que en mi afán estoico
 hilvano la imagen que es
 influjo de espiga y mies
 en mi litoral heroico.
 En el Mezquital, lo ecoico
 dejo esta vez, de homenaje
 con el sencillo lenguaje
 en lo fraterno que encierra;
 quisiera ver en mi tierra
 a la raza con coraje.

- VI Cuando el espíritu yo ice
 como bandera a toda asta
 mi fantasía siempre basta
 será, como yo lo quise.
 En flora y fauna deshice
 mi numen hecho canciones;
 no temí a las agresiones
 de pingajos, juzgamundos,
 ganapanes e infecundos...
 ¡Yo icé mis propios pendones!
- VII Pendones que en ocasiones
 utilicé en mis denuedos;
 yo saturé con los dedos
 la herida de mis pasiones.
 Al frente de mis legiones
 yo me aposté en el camino;
 la honestidad que adivino
 en mi espíritu, es proverbio,
 y mi corazón y nervio
 cumplirán con su destino.
- VIII Así que, yo estoy tranquilo
 pues que así me identifico.
 Con mi pueblo no claudico,
 soy cual grano de su silo.
 En su flora, llano estilo
 con sencillez dejo opreso;
 soy un beduino, por eso
 cuando a mis ansias, abrumen
 los siglos, haré un resumen
 de mi vida y caeré ileso.

- IX Yo nunca tuve de Creso
 migajas, de sus arcones;
 fueron callados histriones
 en mí, lo digno y lo obseso.
 En el gutural avieso
 yo soy un desposeído;
 pobre fui cual pobre he sido,
 el poder no me entusiasma.
 De la miseria el fantasma
 no me espanta, ya he caído.
- X Dentro de mi ideal, en resumen,
 a mi raza yo conservo;
 aunque me siento protervo
 la guardo dentro del numen.
 Del insidioso cacumen
 abominé, soy sincero;
 la verdad es lo primero
 que cual bandera enarbolo;
 llego a mi pueblo, tan sólo
 con mi laúd de trovero.
- XI En el ábside triunfal
 fui acaso, inaudita escoria;
 si acaso un poco de gloria
 tuve, en mi fuga astral.
 Mi holocausto fraternal
 hoy doy a mi raza; he sido
 el que ha dicho substraído:
 el Mezquital de alas mustias
 ha callado sus angustias
 de tanto saberse herido.

- XII En mi cauce abretoñal
fui un efemérito insecto,
mas, mi pensamiento erecto
nunca lo ocultó el breñal.
En sérico madrigal
puse huella y dejó rastro;
la viperea voz que castro
mi exúbero ser no atrajo;
cacoquimio escarabajo
desde el lodo hasta el astro.
- XIII Con mi pensamiento pierio
llegar no he a linde terca;
del mar Azof fuera, cerca
habita un pueblo cimerio.
Mi pueblo de dúctil certo
como yeso, como cal,
hinca su voz de metal
como algún rayo fulmíneo
y aunque su ideal es caccíneo
tiene el estigma racial.
- XI Hoy, en pública subasta
pongo mi afán esotérico
en este mensaje sérico
que tiene nivel, no casta.
Yo diría a mi raza: ¡Basta!
no pidas, no pidas nada
y menos a la meznada;
le diría: prende tus teas
de dignidad, y así seas
algún día, reivindicada.

Canto Épico
al Estado de
Hidalgo



Canto a la Naturaleza Hidalguesa

196

INTROITO Naturaleza es todo, solio y manto,
quien hizo humedecer lo que era adianto,
–lo que era adiófano fue transparente–
es como Dios en la haz: Omnipresente;
la que dio al viento gárrulo sus ruidos,
la que hizo aocar el cóncavo tazón
donde Hidalgo abrevó el rico pezón
de esa Madre, al clamor de sus vagidos.

¡Oh, tierra–promisión! Cuelguen sus nidos
las alas de mi verso, en tu balcón,
que al cantarte: ¡ALELUYA! mis sentidos
hoy han burlado, entera, su prisión.

I Desde que Hidalgo, principió su etapa
y arrancó sus perfiles, que del mapa
del Estado de México tenía,
un nuevo porvenir le sonreía,
nuevos soles quebrando la distancia
y en un cielo de plata y alabastros
el fino corridón de tenues astros
degollando la vía de la lactancia.

- II El "As de Oros" con razón predice
desde el púlpito azul en que bendice
esa santa heredad, que fue promesa
para el noble tolteca, y fue tristeza
para el indio otomí, del Mezquital;
–esa carne que tiembla entre el sayal
del ixtle que ha tejido su pobreza
e hilvanado su llanto en el nopal–.
- III Así va prodigando vegetales
la espléndida Natura, virginales
son sus entrañas de inefable acervo
y las peñas de "El Águila" y "El Cuervo"
se yerguen dominando la visual
en la hora callada de la cita
que es cuando el pensamiento necesita
prolongarse en materia y en ideal.
- IV Un desplace de puntos suspensivos
hay en el monte de agros sugestivos,
y el breviario silábico se apunta
desde "El Zumate" en la escarpada punta
una buena palabra como el pan:
¡Hidalgo! –como pájaro en el mapa–
y grávida Natura, abre su etapa
para el alumbramiento vegetal.

- V Relamido el paisaje, en los veranos
los jilgueros le tiemblan en las manos,
y en la escala sonora de sus cauces
gime el llanto colgado de los sauces.
Ante el derrumbe de oro y de color
el pensamiento, —que sus alas arde—
se va a llorar allá de tarde en tarde
ante ese péndolo del orbe: el sol.
- VI ¡Natura donó a Hidalgo su bien sabio!
La tierra promisorá se hizo labio
para besarlo en torno a la cintura.
Por él trasciende, en toda la llanura
la emanación de efluvio maternal,
—cabe el mármol silente de mis muertos—
ella tiene en los ojos semi—abiertos
el llanto de mi raza de copal.
- VII Hoy se viste con telas hilvanadas
por el sol, que ha caído en rebanadas;
—saludable en sus líquidos termales
y pródigo en los platos provinciales—.
Con sangre viva, en plena ebullición
se harta el músculo erecto de su Flora;
para dársele el águila avisora
arrancó sus perfiles del Pendón.

- VIII Gea ideal su cornucopia vierte
y el páramo en parcela se convierte
una tarde de sábana–horizonte...
en que dan ganas de abrazar el monte
y dejar prisionero el corazón
clausurándole todas las ventanas
para que ya no burle en las mañanas
el pájaro de mi alma, su prisión.
- IX En el día inaugural, de pie en el foro
las aves cantan su canción a coro,
y en el ágape de ópima largueza
son los árboles, copas en la mesa.
Mas cuando las gramíneas, de su patrio
solar, le absorben como esponjas
mi pensamiento está, desde "Las Monjas"
poniéndole sus alas como de atrio.
- X "El Aguila" que se vistió de galas
y lanzó el pararrayos de su alas
sobre el maguey que al cielo picotea
bañóse de color puro, de aldea,
con la ráfaga verde del perico,
y sentó su nidal en la floresta
bajo la noche que vació su cesta
para cubrir de párpados "El Chico".

- XI Allí está el Astro–Rey, como labriego
 en pedestal erguido de dios griego
 frente al Atenas verde de los agros
 en quien Zeus deparara sus milagros.
 Allí, en donde Helios vació el fuego
 ante la ardiente violación de Efeso
 allí está en conjunción el valle creso
 vomitando celajes con el riego.
- XII ¡Oh, tierra promisoro! ¡Aula–Natura
 de la Escuela de Dios arquitectura!
 Cuando diluvia Metztli a puñaladas
 con pedazos de garras afiladas,
 sus hilos, en madeja, los desmaña
 y teje, como Aracne, hondos destellos
 y se va resbalando en sus cabellos
 con esa propia mohosidad de araña.
- XIII ¡Natura en floración! ¡Flauta bucólica
 que en Hidalgo te sientes melancólica
 cuando te toca Pan por sus aristas!
 Desde tu foro cantan los artistas
 en la noche que enciende su haz de ocote
 el meteoro fugaz traza su hebra
 como raudo anillado de culebra
 sobre el negro capuz del zopilote.

- XIV Desde la roca que horadó la tuza
donde sembró sus ojos la lechuza
como semillas en la faz del monte,
donde inició su flanco el saltamonte
en su ballet empírico y genuino
hasta el desfile en procesión de hormigas 201
que llevan su maná en pesadas migas
comen de ti tu pan, beben tu vino.
- XV Y la flecha del águila, hasta el sol
que apuntala el camino al caracol
después de las delicias del chubasco,
ha clavado en la cima del peñasco
la sede familiar de su nidal
de donde surge en gárrula alharaca
enseñando a sus hijos, en la hamaca
de peña a peña, su aleteo inicial.
- XVI "Los Frailes", sin ser frailes misioneros,
se visten con crespones palomeros
y elevan sus imágenes de pinos,
y a su paso, sacuden los encinos
sus lágrimas de lluvia y de bellota;
esos "frailes" color de cielo zarco
han dejado en la faz de cada charco
la desnudez de su sotana rota.

- XVII Hasta la Sierra toda, en vericuetos,
donde enroscan sus muslos los cafetos
llegarán las primicias de "Venados"
donde esplenden los cálices sahumados
por "El Cirio", de heráldica paveza,
cuando Natura a Hidalgo hizo el milagro
de ser un joven y serrano magro,
espiritual, junto a la joven gruesa.
- XVIII Ante la Sierra toda, ya descubre
la Tierra Máter, su ampulosa ubre,
y en su remesa mandadera y basta
una gramínea asoma en su canasta;
mas la defiende con felina garra
en esas noches de los cielos razos
en que la luna le arrancó a pedazos
el vestido de faldas de pizarra.
- XIX Allá en la sierra, su moneda blanca
rueda la luna torva en la barranca
donde dejó al trasluz –frágil vidriera–
un adorno en la cien tejocotera.
En su río caudaloso ya son muchas
sus canciones que ruedan cotidianas,
ruedan coro infantil en sus membranas
con relámpagos de oro de las truchas.

XX "Los Ermitaños" callan sus afanes,
–envidian esa casta de volcanes–.
La noche, de pupilas dilatadas
vio llorar ahí. "Peñas Cargadas"
desde entonces guardaron llanto austero,
y la luna, con rostro de aerolito
les fue dejando en cada azul charquito
la retina encendida de un lucero.

203

XXI El azogue impreciso de su hora
se desliza en las manos de la Flora
como el cisne, que en viaje de piragua,
su tinte blanco diluyó en el agua,
y en círculos concéntricos se encanta
cuando el artesonado cielo suelta
la pupila lunar que en palio envuelta
al caerse en el lago se atraganta.

XXII Tu Flora y Fauna, –cuerno de abundancia–
es la ventana abierta a la distancia
donde, al través, miré tu alma pintada
con el vaho–pincel de la mirada.
Por eso yo te admiro, cuando pasan
rozando el suelo, siempre peregrinas,
con alas de cristal, mis golondrinas
que al llegar a tus pies se despedazan.

- XXIII ¡Oh, Hidalgo! Tu cara de domingo
pinta el sol desde el cerro de Xihuingo
y enciende su melena como yesca
o la apaga en las márgenes de Atexca.
Por "Las Vegas" su blonda desarregla
y los "viejitos", sus melenas lacias
peinan con su carey a las acacias.
Vuelca suntuosos manantiales Regla.
- XXIV Por eso yo te lloro por la herida
porque trasciendes, sí, a tierra llovida.
Tus flancos en un río caudaloso
son joyas de caudal maravilloso,
sus cordones que asidos a tu planta
con su oro causan la ambición maldita
y las minas concurren a la cita
con un pájaro herido en la garganta.
- XXV En esas vetas que horadó el demonio
cantan las tuzas en su matrimonio.
Sobre la Madre de pezón ardiente
arrastra sus anillos la serpiente.
El gorrión participa en el programa
con el acento que inspiró su musa.
hasta canta a la lluvia la lechuza
entre los huecos de su pentagrama.

XXVI

Es que todo te canta, el agro rico
así como el erial, y canta "El Chico"
descubriendo el pezón de "El Paraíso";
hasta el río de margen de carrizo
canta junto a Amajac su agua termal.
¿Cómo, yo, en el decúbito de mi alma
donde siembra su ardor mezquite y palma
no he de cantarte mi canción pluvial?

205

En pie sobre el sendero

206

- I Por las distancias calizas
 las pupilas se dilatan
 y las tristezas se atan
 de angustias hechas cenizas.
 Se van metiendo enfermizas
 por esas chozas de otate
 y un eco de malacate
 en el desierto candente
 hace estremecer la mente
 con el fru-fru del ayate.
- II El pincel del sol colora
 los páramos de nopal.
 El otomí, en el jacal
 la tarde-ocaso decora.
 No gime ni triste llora;
 impreca desde la estera,
 sus lágrimas son de cera
 en el candil inaudito
 y ahoga su fe en un grito
 que tiembla en la sementera.

III Lánguidos brazos amables,
 morenos, –pero de armiño–
 hacen palpitar un niño
 en los senos miserables.
 Se apretujan inefables
 en el ayate de cuna;
 sólo tienen, por fortuna,
 como ingrata condición:
 vil boñiga en el fogón
 con claridades de luna.

207

IV Y tanta es la sombra, tanta,
 que su silueta se vierte
 en el "Valle de la Muerte"
 como ocre sobre la manta.
 Su palio la luz levanta
 y sólo queda en el grumo
 de leños para el consumo:
 esperanzas de dos giros
 y un puñado de suspiros
 en las elipses del humo.

Canto épico al Estado de Hidalgo

208

I Hoy, ¡Hidalgo! me vuelvo a tus montañas
y aunque arriba, estaré con los de abajo.
Osé arrancarle a la deidad un gajo
para cantar ufano a tus hazañas.

Ya que las musas no me son hurañas
al ronco bronce ya apresté el badajo;
–la ancha vereda con delicia traje
el canto popular de las cabañas–.

Quiero cantarte a ti, a tu dolor
–aunque mi voz no llegue hasta la Meca–
quiero cantarte a ti que eres amor,
eres amor en quien mi frase hueca
se llena con ardores de huasteca
y sed ilimitada de folklor.

II Y así, el arreo de mi noble casta
en regia corte su sendero fija
y en olímpico séquito se ahija
como bandera en arrogante asta;

y aunque mi mente, en pública subasta
ha menester se ordene y se corrija,
tu razón me protege y me cobija
y lo que he puesto en ti, solo me basta.

Mas ya que luces con pudor y rango
quiero cantarte en sonos de huapango
la trova de sabor municipal

cobijando en mi mente, al chilpayate
que agarrado a la cuna del ayate
sueña mísero, allá en el Mezquital.

209

III

Allá, en donde es páramo la estera
bajo el anhelo de la voz del paria
es el épico canto queja agraria
en el ámbito pobre de la era.

Allá no fulge el sol en primavera,
solamente un fulgor de luminaria
ha encendido la planta ejidataria
en el rescoldo de unidad casera.

Allá la noche arrastra fuego frío
y abre el camino tumbas de ceniza
en medio de un relámpago vacío

mas, me ha dado su voz y su prestancia
para borrar con lágrimas de brisa
la huella que ha marcado la distancia.

IV En singular cortejo clama y loa
a tus puertas la egregia muchedumbre.
La Sierra ya te ofrece mansedumbre
desde la Roca gris del Santo del Roa.

La naves de Itzmiquilpan, por la proa
ofrecen sus substancias de legumbre
y el corazón en lágrimas de lumbre
sus mujeres de enaguas de canoa.

210

De Jacala y también de la Huasteca
Trae el cortejo todos sus cereales.
Y de Tula industrial, la fe tolteca.

Huejutla, sus riquezas naturales
y envuelto en la cobija del huapango
su regia estirpe te traerá Molango.

V De Tenango y Huehuetla te traerán
peces cromados, presos con boliches,
y el canto poñular de los trapiches
junto al nido del pájaro papán.

Ricos frutos traerán de Metztitlán,
—la sierra ha abandonado sus fetiches—
y los pájaros echan sus espiches
del alto tribunal del guayacán.

Sus mujeres, con caras de domingo
vendrán en procesión de Tulancingo
a ofrecerte sus telas en común;

De pachuca, el tesoro de la mina
con el sistema que implantó medina.
De apan e irolo la ciudad sahaagún.

VI Por tu soberbio firmamento estalla
el relámpago que arde las corrientes
y se clava sonoro, hoy, en las mentes
en donde marca su indeleble raya.

¡Los héroes de tu historia te hacen valla!
¡Ante el toque marcial alzan sus frentes!
Y ante ti pasan lista de presentes
Villagrán, Felipe Ángeles, Anaya.

211

En egregios corceles, enlunados
vendrán por sus senderos inholladas
sembrando de luceros el camino;

en tus pupilas fulgirá un meteoro
y sus trompetas cantarán a coro
la partitura de historial divino.

VII ¡Algo tienes ¡Hidalgo! que señalas
en el curso de tu hora detenida.
¡ El que sigue una ruta definida
mucho tiene de olímpico en las alas!

En un vuelo gigante, sin escalas,
Felipe Angeles, –águila caída–
en tus páginas de oro, con la vida
escribió sin retórica tus galas.

Tú sabes que él marcó toda una etapa
y arrancó con impulso de saetas
tus perfiles de pájaro del mapa

tú sabes que en Molango fue su infancia
pero en Zacualtipán,—cuna de estetas—
hay rumores de senos y lactancia.

VIII

212

Eres de tradición, tienes tu historia
desde Ahuízotl a Téllez. De lo ignoto
hablará por tu voz Fernando Soto.
Ya responde por ti don Juan C. Doria.

Viene hilvanada a la feliz memoria
esa pléyade de hombres. Dan su voto
en tus urnas magníficas que han roto
el récord de distancias con la gloria.

Su vibrante. y magnífico carruaje
precedido por dóciles corceles
tiene el fulgor del luminoso herraje;

a tu sede esa casta se repatria
para ceñir tu frente de laureles
en tu provincia que se llama: ¡Patria!

IX

Y también pasa lista de presente
Ochoa y Acuña, en luces de tramonte;
y se entrevé también del horizonte
don Nicolás García de San Vicente.

En tu egregio historial está latente
esa gesta, –que venga y que se apronte–
Francisco Siles fulge en Real del Monte,
Galván en Tizayuca, esplendente.

De Huichapan, augustos paladines.
¡Ya oigo el resonar de los clarines!
¡Tierra de héroes, músicos, poetas!

Ya escucho el sollozar de los violines
en tenues notas que arrancó Martínez
al faro –inspiración de almas estetas–

213

X También en tu folklor, –milagrería–
¡Oh, Hidalgo querido! aunque sencillo
siempre llevas en ti tu propio brillo
en tus noches de luz y cohetería.

Hoy, yo quiero vivir tu romería
provinciana, de aromas a tomillo
y silbar entre el polvo al del castillo,
entre los puestos de la alfarería.

¡Oh, Hidalgo! ¡Cómo amo yo tus cosas!
El sortilegio que mi amor acendra
radica ya en tus selvas clamorosas,

en tus mujeres siempre cadenciosas
con sus enaguas de turrón de almendra
y sus senos brindándose en dos rosas.

XI

Hoy, yo quiero gritar: ¡Hidalgo mío,
amo tus cosas de sabor rural!
y con énfasis épico y marcial
cantar hosanna a tu nidal en trío.

Estoy en medio de mi yo vacío,
en medio de mis brazos, de mi erial,
y estremecen mis mieses de maizal
las corrientes de espejos sobre el río.

214

Hoy, yo quiero gritar lo que tú has sido;
que se clave en el eco del oído
mi voz enrojecida de metal,

y en tus horas de párpado adormido
caiga mi corazón anochecido
al pie de tu grandeza Señorial.

ÍNDICE

Voz Metálica

215

- 13 Muros del Hombre
- 25 Voz Metálica
- 26 Desfaciendo entuertos
- 27 Muro sin eco
- 35 Sombras
- 36 Eclosión
- 37 Olvido

Pielago Sonoro

- 40 Torre de Silencio
- 41 Tónica breve
- 42 Vivencia
- 43 Bucólica
- 44 Geórgica
- 45 Tú me sabes a Mar
- 46 Éxodo Celular
- 47 Justificación

Melodía de paisajes

216

- 50 Niebla
- 51 Tarde
- 52 Nube
- 53 Viento
- 54 Sol
- 55 Penumbra
- 56 Lluvia
- 57 Luna
- 58 Noche
- 59 Callecita serrana
- 60 Los arcos sobre el río
- 61 Los Surcos
- 62 El Tren
- 63 Los Postes
- 64 La Carretera
- 65 El Umbral
- 66 El Corredor
- 67 El Jardín
- 68 Mi Cuarto
- 69 Tiempo
- 70 Un lucerito muerto

Romance del silencio

72 Romance de la luna y yo

Crónicas, romances y leyendas

76 Las Primeras Minas

80 La Conquista de Pachuca

217

Romances de Pachuca

96 Los Barrios

101 El Arbolito

108 Pachuca de mis recuerdos

117 Romance del Reloj

121 Ventanita Pachuqueña

¡Pachuca, urna verbal!

126 ¡Pachuca urna verbal!

Geopoética Hidalguense

145 Canto a Pachuca

150 El Chico

151 Real del Monte

152 Omitlán

- 153 Atotonilco El Grande
- 154 Metztlán
- 155 Zacualtipán
- 156 Tulancingo
- 158 Apan
- 161 Canto a Itzmiquilpan
- 166 Actopan ¡Tierra mía!
- 169 Tula
- 170 Campanas a rebato por la Feria de mi pueblo
- 179 Huasteca
- 186 Huejutla
- 187 Huehuetla

Déni-Ctáhi

- 190 Déni-Ctáhi

Canto Épico al Estado de Hidalgo

- 196 Canto a la Naturaleza Hidalguense
- 206 En pie sobre el sendero
- 208 Canto épico al Estado de Hidalgo

DIRECTORIO

Lic. José Francisco Olvera Ruiz

Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

L.A. Fernando Q. Moctezuma Pereda

Secretario de Gobierno

Prof. Miguel Ángel Cuatepotzo Costeira

Coordinador del Despacho del Gobernador

Lic. Aunard de la Rocha Waite

Secretario de Finanzas y Administración

Lic. Juan Manuel Menes Llaguno

Secretario de Contraloría y Transparencia Gubernamental

Prof. Juan Renato Olivares Chávez

Secretario de Turismo y Cultura

Prof. Joel Guerrero Juárez

Secretario de Educación Pública

Lic. José Vergara Vergara

Director General del Consejo Estatal
para la Cultura y las Artes de Hidalgo



DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES E IMPRESOS

Director General

Arq. Luis A. Corrales Vivar

Coordinación Editorial

Abraham Chinchillas Terrazas

Coordinación de Producción

Javier Alejandro Rodríguez Padilla

Coordinación y Diseño Editorial

Mabel Castro Amador

Diseño

Ana Cristina Martínez Pérez

Elizabeth Flores Valdespino

Mariana Moreno Madero

Aleida Ileana Porras Vega

Coordinación Jurídica y de Inventario

Lorena Quiterio Mendoza

Asistencia de Producción

Hans Carbajal Rebollar

Jessica P. Ventura Bravo

COLECCIÓN HIDALGUENSE

Libros para ser leídos

6

El Lic. José Francisco Olvera Ruiz, Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo, promueve a través de la Colección Hidalguense la difusión de la cultura en Hidalgo. Esta edición es exclusivamente con ese objetivo y sin ninguna intención de lucro.



Estado Libre y Soberano
de Hidalgo

Ex libris... de Genaro Guzmán Mayer,
se terminó de imprimir en el mes de Septiembre de 2012,
en los talleres de Mayram,
Abasolo núm. 1806, Col. Centro, C.P. 42000
Pachuca de Soto, Hidalgo, México.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de la
Dirección General de Publicaciones e Impresos del
Gobierno del Estado de Hidalgo

